

Año XXXII.

Madrid, Jueves 19 de Diciembre de 1912.

Núm. 51

La lámina de hoy

Al amanecer del día 11 de Septiembre de 1835 cayó Cabrera sobre Mora de Rubielos.

Descuidados los soldados de Ciudad Real y los nacionales, en total 65 hombres, por haberse asegurado que la facción había retrocedido desde Linares, se vieron acometidos bruscamente en varios puntos á la vez.

Trabada la lucha en las calles, no tuvieron otro remedio, dada la desigualdad numérica, que replegarse á un pequeño fuerte establecido en el convento.

Taladrando las casas de las calles del Carmen y Carrer-Luengo, los carlistas lograron apoderarse del punto avanzado que los nacionales habían establecido en el llamado Granero del obispo, situado en la confluencia de las dos calles.

Reducidos los defensores al solo recinto del convento, rechazaron los ataques toda la noche; y ni las minas, ni las tortugas que formaban los carlistas con carros llenos de colchones y sacos de lana, ni cuantas estratagemas inventaron, pudieron entibiar el ardor de aquel puñado de valientes.

En la madrugada del día 12, percibieron los sitiados los golpes de los picos con que los carlistas trataban de derribar la pared del fuerte por dentro de una casa contigua, y comprendiendo lo crítico de su situación, prendieron fuego á la casa: el viento, que soplaba con gran fuerza, lo comunicó al convento y al poco rato ardía todo el edificio.

Apesar de esto, continuaron defendiéndose con serenidad pasmosa aquellos bravos, hasta que por fin, chamuscados y medio axfisiados, fatigados, con hambre y con sed, heridos, contusos, aceptaron la capitulación á que les invitaban los sitiadores enarbolando un paño blanco.

Escritas las condiciones, entre las que figuraban las de conservarles la vida y las ropas que llevaban puestas, las firmaron Cabrera y Forcadell, entregándose entonces los soldados y los nacionales, y al poco rato, puestos entre filas, marchaban hacia Noguerauelas.

Al llegar al campo de la Dehesa, Cabrera mandó hacer alto para comer el rancho, que hizo tomar también á los prisioneros, con lo cual acreció en éstos la esperanza de que no se faltaría á lo estipulado.

No bien concluida la comida, formó Cabrera un cerco de infantes y caballos, encerró en él á los prisioneros, los mandó desnudar, y entre burlas sarcásticas,

coreadas por las risotadas de aquellos bandidos, ordenóles que se salvaran de la muerte corriendo.

Y sin dejar espacio entre la sangrienta mofa y la ejecución del plan que había ideado, lanzó la caballería contra aquellos hombres desnudos hasta que acabaron con todos á lanzazos, á sablazos y á tiros, entre las carcajadas y los insultos de aquellos dignos defensores del Trono y del Altar.

Caballos pasando por cima de los muertos; heridos levantados en alto atravesando el pecho con las lanzas; sesos esparcidos á sablazos; fugitivos rematados á tiros: refinamientos espantosos de crueldad en aquella cacería humana... Así murieron aquellos 65 soldados y nacionales. ¡Hubo cadáver al que se le contaron veintiseis heridas de lanza!

Entre los muertos figuraban el capitán del regimiento de Ciudad Real, D. Julián Rodríguez de Guzmán y el comandante de nacionales, D. Fernando Gil Dolz.

Recogidos los cadáveres por el ayuntamiento de Noguerauelas, fueron sepultados en el cementerio del pueblo, donde permanecieron hasta que en 1841 los nacionales de Rubielos y los de todo el país, las autoridades locales y la superior de la provincia, D. Francisco Santa Cruz, trasladaron los restos de aquellos mártires de la Libertad al cementerio de Rubielos, celebrando un aniversario solemne y pomposo.

De la «Relación de las demostraciones celebradas en Rubielos de Mora en memoria de las ilustres víctimas», impresa en Valencia en casa de López y Compañía el año 1841, publicada por el Ayuntamiento de Rubielos, entresaco los trozos siguientes, ya que Cabrera tuvo el cinismo de decir más tarde que todos habían muerto en el combate.

»Colocados entre filas después de haber entregado las armas, salieron de Rubielos en dirección de Noguerauelas, en medio del letárgico estupor y el silencio sepulcral que reinaba en la población aquellos sesenta y cinco valientes, entre Provinciales, Nacionales y Francos, que salieron de las llamas después de haberse defendido con tanta bizarría. Durante la marcha les dirigía Cabrera aquella mirada encendida y profundamente feroz que arroja el tigre sobre la presa cuya sangre ha de beber dentro de poco.

»Luego que llegaron al campo de la Dehesa, término del último pueblo citado, mandó Cabrera hacer alto para comer los ranchos, de los cuales dieron también á los infortunados prisioneros. Concluida la comida se dividieron por compañías, y á sangre fría y del modo más

bárbaro y cruel alancearon y despedazaron á D. Julián Rodríguez de Guzmán, Capitán de la compañía de Provinciales, á D. Fernando Gil y Dolz, Comandante de Nacionales, y á 63 individuos más entre Provinciales, Nacionales y Francos.

»Todavía so ven en aquel sitio vestigios de esta horrible tragedia, y la acción de los elementos no ha podido lavar aún la mancha de tanta sangre. El pasajero los contempla con horror, y cuando algún paisano le refiere la historia, huye de allí despavorido y con los cabellos erizados. *Los habitantes de Noguerauelas recogieron los cadáveres y les dieron sepultura en su cementerio.*

»En la noche del 10 de Septiembre de 1841 el lúgubre clamoreo de las campanas anunció la función del día siguiente.

»En este y á las 6 de su mañana, el Ayuntamiento, presidido por el Sr. Jefe Superior político, el Cabildo y Capítulo eclesiástico y la Milicia Nacional, salieron en dirección de Noguerauelas, cuyo Ayuntamiento y milicia esperaban la comitiva de Rubielos en los lindes de ambos pueblos.

»Reunidos y llegados al campo de la Dehesa, donde fueron sacrificados los sesenta y cinco valientes, se entonó un solemne responso á toda orquesta, y concluido, se hizo una descarga por la milicia rennida.

»Los recuerdos que excitaba aquel lugar, los lúgubres acentos de la música, el tono patético del discurso y el estrépito de la descarga, causaron en el corazón de todos los concurrentes una emoción tan profunda, que brotaron abundantes lágrimas de sus ojos y regaron aquellos céspedes enrojecidos aun con sangre tan generosa.

»En seguida el mismo Cabildo y Capítulo con la fúnebre comitiva se dirigió al cementerio de Noguerauelas donde yacían los cadáveres de aquellos sin ventura, y se hizo la exhumación de sus restos por el Sr. Canónigo Vicario D. José Guillen, con asistencia también del cura párroco y capítulo eclesiástico de dicho pueblo, y cantado un responso con música y entonado el *Miserere*, se marchó procesionalmente con los restos depositados en la hermosa Urna trabajada con este objeto y conducida por cuatro Cabos de la Milicia de Rubielos á la iglesia parroquial del indicado pueblo, donde se cantó con toda solemnidad una misa de difuntos á toda orquesta con un responso en la misma forma.

»Finada esta, y cantados los responsos y preces que prescribe el ritual, fueron

conducidos los restos procesionalmente y por en medio de un inmenso pueblo, que no cesaba de derramar lágrimas, al cementerio de la Villa.....

»La arenga pronunciada por el Sr. Jefe político y las inscripciones que se mencionan en esta relación son las siguientes:

»Nacionales, ciudadanos todos: ¿Véis esa Urna? Ella encierra los restos mortales de 65 valientes, que hoy hace seis años, después de haberse defendido como bravos, obligados por una fatal desgracia, hubieron de sucumbir entregándose a un enemigo pérfido y desleal, *que faltando á la capitulación pactada*, á las leyes de la guerra y á los deberes que nos impone la santa religión que profesamos y que impio profanaba, llamándose su defensor, los sacrificó del modo más cruel é inhumano.

»Rubíelos 12 de Septiembre de 1841.
— Francisco Santa Cruz.»

¿Y aún hablan algunos republicanos de unirse á los correligionarios de aquellos infames para derribar la dinastía actual?

Si no tenemos fuerza, ni coraje ni dignidad para intentar la empresa nosotros, que viva la dinastía por los siglos de los siglos, antes que aceptar la ayuda de esa canalla para derribarla.

Uno de los lemas de EL MOTIN es y será este mientras yo viva:

«Antes que el carlismo, el terrorismo.»

JOSE NAKENS

YO, hablando de mí

Tal es el título de un libro que tengo medio enjaretado, que publicaré cuando pueda, y que no me acreditará de modesto; libro en que referiré algunos episodios de mi vida literaria, periodística y política, y que resultará muy ameno, por el estilo y la diversidad de asuntos. Pero como encaja tan bien para indicar lo que ahora voy á decir, me propaso á quitarle la virginidad á ese título, colocándolo al frente de estos artículos, todos referentes á mi tan ensalzada como anatematizada persona.

Cuando ya van mermando las esperanzas, se vive de los recuerdos, (mala señal, porque esto indica que se ve cercana la hora de *hacer demind*), y con cualquier motivo se vuelve la vista atrás, ora en busca de algo que nos halague ó nos cene, suele un instante, ora en captura de ideas que afirmen ó contradigan las que la opinión nos niega ó nos atribuye.

Casi todo lo que va á continuación pertenece al pasado, y ha surgido en mi memoria leyendo dos artículos tan terriblemente encomiásticos para mí, que resultan casi insultantes; artículos que me han sido disparados desde Montevideo y Zaragoza, sin tener sus autores en cuenta que en el número de EL MOTIN corres-

pondiente al día 31 de Diciembre de 1904 publiqué yo la siguiente:

PROTESTA

Siempre fui enemigo de los adjetivos encomiásticos. Si á aquel á quien se le aplican los merece, porque van implícitamente englobados en su nombre, y con nombrarlo, calificado queda; y si no, por no incurrir en falta de justicia ó delito de calumnia.

Juzguese por esto lo poquísimo que me agrada el servir de algún tiempo acá de blanco á los que disparan adjetivos, cual si se hubieran puesto de acuerdo todos para dar á costa mía centuplicado valor á la antigua frase: «al que no quiere caldo, tres tazas.»

Cuando me los lanzan en manuscritos que inserto, ya me cuido de suprimirlos, según habrán observado los autores; mas cuando vienen en artículos que reproducen los dejo, por antojárseme que la supresión acusaría una soberbia insoportable; y yo, que aprecio en lo mucho que vale ese hermoso pecado capital, no quiero profanarle aplicándolo á cosas menudas.

Si; han dado ahora mis correligionarios y mis compañeros en la Prensa en asae-tearme con adjetivos tales como eximio, ilustre y otros equivalentes.

Tampoco me escatiman los de honrado, consecuente y otros por el estilo, cual si estas cualidades no debieran suponerse en todo individuo mientras algún hecho bien demostrado no venga á desmentirlas.

Otra palabrita que me revienta, es la de maestro. ¿Maestro de qué soy yo? Ni de atar escobas; aparte de que nada más contrario á mi carácter que el dar lecciones de nada. Expongo mi opinión lisa y llanamente, sin aires de pedagogo ni pretensiones de sabio. No enseño ni dogmatizo: razono.

Pues bien; á pesar de la poca gracia que me hacían ó de lo que me reventaban las palabras supradichas, yo soportaba en silencio mi desventura y aun con resignación la llevaba, hasta que hace pocos días, y en un periódico de cuyo nombre no quiero acordarme, me vi calificado de una manera tan terrible ya, que, ¡por esto sí que no paso!, me dije. Y de ahí este artículo protesta.

El calificativo fué... fué... (la indignación me hace balbucear); fué... el de Catón. ¿Compréndese bien ahora lo justificado de mi coraje?

¡Catón! A lo profundamente antipático que me es el ciudadano M. Porcio (creo que así se llamaba), únese el recuerdo desagradable de que casi todos los calificados de ese modo, en estos tiempos al menos, han sido y son por lo regular unos solemnes mamarrachos, con virtudes mecánicas que hacen reír, severos hasta la ridiculez, afectados en lenguaje y actitudes, premiosos en el pensar, fríos en el sentir y ceremoniosos en ejecutar. Y como yo soy lo contrario de todo eso, es decir, un hombre corriente y móbile, que ni presumo de sabio, ni de grave, ni de honrado; que cuando llega el caso me río, y bromeo hasta cuando el caso no llega; que voy derecho á un fin sin alardes ni presunciones, natural, sencillamente, no entrecomando los gestos ni acentuando las actitudes, por entender que se puede ser como todos y no parecerse á ninguno; que tengo muchos de los defectos que abundan y algunas de las buenas cualidades que escasean,

y que me burlo de todos los sacerdocios: como soy, repito, hombre de esta guisa, no debe tratármeme de igual manera que á los que cruzan el camino de la vida disfrazados de sabios, graves, honrados, ilustres, eximios, virtuosos y severos, con opción á ocupar una vacante en el ridículo gremio de Catones.

Supongo que con lo dicho basta y sobra para que mis compañeros en la Prensa y los correligionarios que me quieren, precisamente por ser como soy, supriman en adelante toda suerte de calificativos al nombrarme; unos porque no los merezco, otros porque no los necesito, y todos porque, haciendo eso, me suman, sin querer o á celebridades de ta'co y á integérrimos presidiables. Bien entendido que una vez hecha esta advertencia, que amplío hasta el ruego, seguiré suprimiendo todo adjetivo encomiástico (los que me zahieran no en los escritos que se me envíen).

¿Que esto indica pequeñez, puerilidad, menudencia?... Tal vez todo junto y mezclado en dosis distintas. Pero como yo no niego á nadie el derecho de aplicarme los adjetivos desfavorables que guste, pueden los que se consideren incluidos en los sí miles que he hecho desahogar su enojo contra mí tomando pretexto de este artículo.»

Y ahora, después de haber puesto en vigor esa *Protesta*, y de pedir que se pasen por alto adjetivos y comparaciones, allá va uno de los dos artículos á que antes aludí: el de *El Libre Pensamiento* de Montevideo:

El jaimismo y Nakens

El admirable periódico madrileño EL MOTIN, que dirige D. José Nakens, escritor que hace verdadero honor á las letras españolas por la sobriedad y naturalidad de su estilo, por su claridad cristalina, su ingenio fecundo é inagotable y por su buen sentido que más parece británico que ibérico, ha emprendido una campaña tenaz y formidable contra el peligro que se cierne sobre España del restablecimiento del carlismo, ahora jaimismo, que ha llenado la historia de la madre patria de crímenes, de ruinas y de vergüenzas infinitas.

Nakens es ya viejo si se mira el alma-naque, pero su cerebro es siempre ágil y joven. Los años han fortalecido su saber, que es mucho, han respetado su memoria que es sorprendente, han excitado su actividad que es extrema y han acrecentado la autoridad de su opinión y de su prédica sobre una base de observación y de experiencia que hacen de ese modesto y abnegado adalid del liberalismo español uno de los más formidables adversarios que tiene á su frente el clericalismo en España.

Cuando pensamos que Nakens puede desaparecer de un momento á otro, nos preguntamos, con ansiedad, aunque no somos de su tierra, quién podrá continuar su obra con el tino, con la constancia, con el vigor que caracterizan la acción del viejo y simpático luchador.

En los últimos números de EL MOTIN

que hemos recibido, conagrados casi en su totalidad á ensa'zar las glorias imperecederas del carlismo español, hemos leído horrorizados y asqueados páginas de esas que excitan en rápida sucesión el espanto y el furor, el desprecio y el odio, la conmiseración y las lágrimas á medida de la lectura de horrores y crímenes inconcebibles con que el partido monárquico-clerical español ha afrentado el nombre de su patria y la dignidad humana.

El viejo periodista madrileño, que refresca la memoria de sus compatriotas volviendo á presentarles los olvidados relatos de las iniquidades que los carlistas, asociados al clero y á los frailes, perpetraron en sus guerras del pasado siglo, presta á su país, desgraciado y empobrecido, el mayor de los servicios, porque contribuye á ilustrar á la opinión sobre la verdadera causa de la decadencia y del atraso de la noble nación cuyas glorias de ya lejanas épocas no bastan para sustentar la importancia actual de un Estado que quiera figurar entre los de gran civilización.

España incuba siempre en su seno, pasiva é inconsciente, los gérmenes de descomposición en que fermenta de continuo la razón de ser de su escaso valimiento como nación representativa de la moderna civilización. Más significa hoy tal vez en ese terreno la República Argentina que, en riquezas, en actividad comercial, en prosperidad rápida y sorprendente, está muy arriba de la madre patria; más tal vez represente nuestro pequeño Uruguay que, en legislación, en administración honesta, en justicia sana, en instrucción de todos los grados, y aún en otros capítulos, está también muy por arriba de la tierra de los toros que mantienen latentes la pereza, la imprevisión y la superficialidad; los frailes que sustentan la incultura, la ignorancia y la miseria; el carlismo, fuente perenne de barbarie y de crueldad.

Nosotros mismos, á quienes los europeos de ilustración á la española nos tildan de salvajes y atrasados, ya hemos relegado muy atrás, muchas décadas atrás, los rasgos de increíble ferocidad con que se caracterizaba, aun en 1872 y en 1873, la obra abominable del trono y del altar combinados en la empresa del carlismo.

Leyendo EL MOTIN de Nakens se palpa en lo vivo la llaga que empobrece aún el organismo español. La presenta él á lo vivo para que los despreocupados é indolentes compatriotas aprendan á curarla. Y es tal su tesón y con tanta sinceridad ha emprendido su campaña salvadora, que España nunca le pagará con justicia bastante la obra de cultura en que está empeñado para la dignificación y la regeneración de la patria gloriosa de Cervantes.

De lejos seguimos esa labor meritoria con simpatía siempre creciente, porque, si desvinculados de España en el orden político, sus penas y sus aflicciones también nos duelen á nosotros, y quisiéramos, para honor de nuestra raza, que la

que fué madre-patria recobrara su esplendor pasado.»

¿Verdad que tenía yo razón al decir que era casi insultante el elogio por lo tremendamente excesivo? ¡Porque cuidado si resulto yo en ese artículo lo que se llama todo un tío archisuperiorísimo!

Me regocijo pensando lo que van á rabiar los careas al leerlo. ¡Ellos, á quien individualmente nadie conoce fuera de España! ¡Ellos, que sólo alcanzarán celebridad ahorcable si se lanzan por esos campos á emular hazañas de bandidos! ¡Ellos, de cuyos nombres, si no hacen era nadie se acordará al día siguiente de haber manchado con sus cuerpos, podridos como sus almas, siete pies de tierra en un cementerio! ¡Ellos, que podrán repetir con perfecta justicia, al soltar el último hipo, aquello de

¿Quién, en fin, al otro día,
cuando el sol vuelva á brillar,
de que pasé por el mundo,
quién se acordará?

como dijo de sí mismo Becquer con notoria injusticia!

Mientras que yo... Ya lo están viendo.

Antes que en el reloj del Tiempo haya sonado para mí la hora de las alabanzas, hasta en el Nuevo Mundo me las prodigan tan grandes, que maña se ha de dar para superarlas nadie luego, cuando haya yo dado *el alma á Dios y el cuerpo á la Tierra* *ae que fué firmado*, fórmula que creo que usan en los testamentos, aún en aquellos que los jesuitas preparan y confeccionan antes de morir sus clientes, muriéndose, y después de muertos...

Y vamos con el segundo artículo, el de *Ideal* de Zaragoza,

que me apabulla y me aplasta
por tanta exageración,
y me hace á cada renglón
gitar: ¡Basta!... ¡Pero basta!...

“HOMENAJE A NAKENS

Aunque estamos limpios del pecado fulanista que agosta en flor nuestro republicanismo, nos disponemos hoy á rendir público testimonio de admiración para ese anciano venerable con cuyo nombre y para honrarlas encabezamos las primeras líneas de nuestro editorial.

Nakens es el empleo más intenso de virilidad que nos brinda la historia contemporánea; el testimonio más grande del imperio de la voluntad; la muestra más perenne de los milagros que realiza la perseverancia.

Quien dice Nakens, dice piqueta que demuele, rayo que fulmina, huracán que descuaja, ariete que destruye y pulveriza. El nombre de Nakens es el clarín de guerra que enardece á los valientes y hace temblar á los pusilánimes; es la ventosa que levanta ampollas á los clérigos; es maleficio que hace santiguarse á las beatas para así librar su ánima de los so-

porcios demoníacos; es también mágica enseña que reúne y apretuja á los buenos para luchar frente á los enemigos de una patria feliz, culta, risueña y justiciera, como así es nuestra patria ideal...

¡José Nakens! ¿Pero qué es lo que ha hecho ese hombre? Una labor de titanes; más bien de dioses olímpicos: ha destruido todo un mundo.

Ya se dijo que en toda patria hay dos patrias, que dentro de nuestro planeta laten y luchan dos mundos antagónicos, inconfundibles.

Fué y será siempre. En todos los periodos históricos y en todas las páginas en que se consigna el paso de la humanidad, se aprecia ese dualismo inextinguible.

De una parte, el espíritu retardatario, conservador de todas las creencias y tradiciones, de todos los privilegios y tiranías. De otra, el espíritu progresivo en pugna, que aspira á transformarlo todo, á revolucionarlo todo.

Nakens, desde su juventud, atentó contra el primero de esos mundos, que en nuestra patria tiene su concreción práctica en el partido tradicionalista, con sus mesnadas compuestas de curas, beatas, monaguillos, frailes y gentes anormales.

Muy cerca de cuarenta años hace que lucha por la causa de la libertad el hoy venerable abuelo. Para entonar un himno á su fiera voluntad, quisiéramos encontrar en los cuerpos inorgánicos un símil digno de parangón. Pero el hierro y el diamante son materiales febles si se comparan con el tesón indomable de este hombre extraordinario.

Napoleón y Moltke, los capitanes más grandes del pasado siglo, ganaron batallas en las que conquistaron un renombre de una celebridad algo triste. Pero es porque dispusieron de hombres, de dinero y de cañones. Nakens, para ganar las suyas, sólo ha dispuesto del acero de su pluma en el campo inmenso, á la vez que reducido, de una cuartilla de papel.

Con tan simples menesteres ha aniquilado á un partido que, como el carlista, de amenaza perpetua que fué cerca de un siglo para la causa de la libertad tres veces santa, no es ya otra cosa que un espantajo ridículo, que ni á los niños ni á los medrosos pájaros consigue asustar.

Nakens cegó por su cuenta el cuerpo del tradicionalismo cuando á raíz de la última guerra civil aún tenía energía y virilidad. Nakens, titánico, lo zarandeó horriblemente, lanzándolo por el aire y volviéndolo á recoger una y mil veces, para dejarlo ora exámine en el arroyo como una piltrafa despreciable, ora en ridículo como al presunto buen mozo que se le caen los pantalones andando por la calle, y deja asomar, con sus flaquezas, la carencia de miembros viriles.

Buena muestra de ello es su último número de EL MOTIN.

A la intentona carlo-integrista que con motivo del reciente atentado perpetraron contra la libertad los Sres. Senante y Salaberry en reciente sesión del Congreso

contesta el más joven de todos los viejos, enumerando los miles de crímenes cometidos por las huestes de Carlos VII, cuyo espantoso relato nos arranca un rugido del pecho, un grito de combate, una imprecación de rabia, como espontánea execración contra ese fanatismo negro que asesinaba á las mujeres y á los niños en nombre de un Cristo que predicó el reino del amor y de la paz entre todas las criaturas humanas.

Nakens, con sus campañas formidables, ha pintado esos crímenes con tan vivos colores, que ha hecho imposible, no ya el advenimiento del tradicionalismo, si que también el retorno á aquellas luchas fraticidas.

Para un espíritu reflexivamente culto, para un liberal de Ateneo, la obra de Nakens carece de transcendencia y finalidad superior. Para un crítico de Historia, carecerá también de imparcial ecuanimidad. Mas para los que vivimos en un plano más inferior y real, esa labor gigantesca, á la que un hombre ha consagrado toda su vida, es indispensable en un país que, como en este, las libertades fundamentales de nuestra Constitución no están garantidas por un estado de conciencia ciudadana que las haga invulnerables. El absolutismo fué siempre una amenaza en nuestra patria: la obra de Nakens ha sido tan grande, que en adelante aquél no será otra cosa que un recuerdo desagradable que pasó para no volver jamás.

Ahora preguntamos: A este hombre que personifica la constancia unida á la honradez, la perseverancia asociada á la rectitud, ¿á cuándo esperamos glorificarle?

Como á Costa, ¿esperaremos á que cierre los ojos abandonado por todos para llorarlo despues de muerto, en vez de glorificarlo, animarlo y seguirlo en vida?

¿Esperaremos á que la tierra le cubra, para volcar sobre ella la paletada de incienso y la espuerta de los ditirambos?

Quién dedicó todos los instantes de su vida á la liberación de sus conciudadanos, ¿no tiene derecho á un grandioso homenaje de pública admiración, de acendrado cariño popular?

No creemos que haya republicano ni liberal de buena cepa que á esta idea se oponga en principio.

La forma de llevarla á cabo es ya cuestión secundaria. Pronto será el cumpleaños del ilustre abuelo. Su fiesta onomástica debe constituir para todos los buenos liberales españoles, un motivo de regocijo y fraternidad.

Toda la prensa avanzada de nuestra patria debe dedicar el día de *San José Nakens* unas columnas de rendimiento al insigne periodista de la libertad. Todos los diputados á Cortes elegidos por la soberanía del Pueblo, deben visitar en masa al anciano venerable, para que pueda decirse muy alto que España entera estuvo en casa de Nakens.

Ideal, en nombre de la gloriosa Ciudad del Cinco de Marzo, en nombre de sus republicanos y liberales, que aquí constituirán la legión, brinda esta iniciati-

va á todos los colegas que forman en la prensa progresiva, con la esperanza de ser secundado con entusiasmo.

Nadie que se titule amante de la libertad podrá oponerse á nuestra propuesta.

Sólo uno, por su molestia y por su virtud, protestará con energía. Ese uno es D. José Nakens. Pero, querido abuelo, alguna vez hemos de mandar los que en llamarnos nietos de sus ideas ciframos nuestro más legítimo orgullo.

Además, á rehusarlo no tiene derecho el inmortal autor de la *Historia del carlismo*.

Acabado de leer este artículo quedo perplejo, sin saber cuál camino tomar: si el de Zaragoza, á pedir una satisfacción al autor en el terreno de las armas, por haberme ofendido tan atrozmente, ó el de los tribunales de justicia, en demanda de una indemnización de 150 000 pesetas por haberme calumniado. Pero enemigo de meterme en llos de papel sellado, y no teniendo la seguridad de que Cierva aproveche la ocasión para honrarse defendiéndome, me contentaré con suplicar al autor del artículo del *Homenaje*, que retire por favor los adjetivos y las comparaciones, y entonces, en justo agradecimiento, aceptaré la mayoría de los conceptos que sobre mi labor emite.

Conforme en parte

Incurriría yo en pecado de falsa modestia, que detesto, si dijese que no creo que sea tan meritoria como se me dice la labor que he hecho contra el clericalismo. Por el contrario, afirmo que tiene más mérito aún del que se supone.

Y no precisamente por la perseverancia con que la he sostenido, sino por las dificultades de toda clase con que he luchado. Las persecuciones de los gobiernos; (en Francia ó Italia no hubiese tenido tanto mérito mi labor, porque allí los gobiernos amparan y protegen estas propagandas); la poca afición á leer que hay en España; la hipocresía de muchos republicanos; la cobardía de otros; la decadencia de caracteres, que se ha ido acentuando vergonzosamente de día en día; la afeminación cochina de las generaciones nuevas; la sed de dinero que se ha desarrollado en la burguesía, sin buscar manantiales puros para satisfacerla; la indiferencia con que mucha parte de la Prensa avanzada ha mirado la cuestión primera á resolver aquí, la clerical; todo esto me ha rodeado y apuñalado traperamente, y á todo he tenido que resistir y sobreponerme.

A alguna vez, cuando ya las contrariedades excedían de los límites soportables, indignado, echaba yo en cara á mis correligionarios su conducta, los increpaba, los apostrofaba... y esto, naturalmente, contribuía á que se acentuara la hostilidad hacia mí, á que se me dejara casi completamente aislado. Hubo épocas en que EL MOTIN sólo tiraba tres mil núme-

ros; y esto, después de haber yo contribuido como ninguno á que triunfase en 1889 la Coalición de la Prensa; de haber realizado en 1896 la *Fusión Republicana*, y más tarde, en 1903, *La Unión*, último movimiento de opinión grande, generoso, verdaderamente nacional... ¿Que los tres fracasaron luego? Cúlpele á los que entraron en todos ellos sin la convicción que sostiene, sin el desinterés que convence, sin el patriotismo que estimula; no á mí.

Dígame en to lo eso, salvando lo incongruente é inadmisible de la comparación, podría decirse lo del personaje aquel de una comedia del Teatro clásico:

Que á aquel aliento atrevido,
que hasta el sol pudo llegar,
el caer no le ha de quitar
la gloria de haber subido.

Pero no necesito insistir en esto.

Para que *Ideal* y *El Libre Pensamiento* puedan formarse idea de cuanto antes dije acerca de las dificultades con que he luchado para sostener EL MOTIN, lean los dos escritos que escojo entre muchos de menor cuantía que pudiera reproducir.

Confesión general

Apreciables, ¿pero qué digo apreciables?, queridísimos lectores de EL MOTIN.

Como el mísero doliente
que en el lecho fatigado
á cualquier parte inclinado
los mismos dolores siente,
y por huir del tormento,
que en cada lado es mayor,
busca alivio á su dolor
en el mismo movimiento,

así andaba hace tres siglos el enamorado de una comedia del célebre Ruiz de Alarcón, y así ando yo de algunos años acá con EL MOTIN, venido muy á menos desde que di, ¡bendita sea la hora!, en decir lo que pensaba de los directores de la política republicana.

Las frecuentes reformas en la caricatura, ora en cromo, ora en negro; con más colores, con menos; más grande hoy, más chica mañana, sólo significaban, por más que yo lo callara puerosamente, mi deseo de ver si podía levantar otra vez el periódico á la altura que lo tenía al entrar en la coalición de la Prensa.

La última reforma (la de la reproducción de cuadros célebres en seis colores) no ha cuajado: EL MOTIN no ha aumentado un solo número, y me veo en la imposibilidad (material creo que se dice) de continuar dando cromitos: volveré, pues, á las caricaturas en negro.

Y lo aviso con tiempo, para evitar al correligionario que quiera darse de baja por esta causa, la molestia de hacer el pago: precisamente esta nos á fin de trimestre y de año, y hay algunas renovaciones pendientes.

No recuerdo ahora qué general (creo que Garibaldi, y si no fué éste sería otro, lo que es igual para el caso), decía á sus soldados una cosa parecida á la siguiente: «Os aguardan hambres, frío, fatigas. ¡Vengan con nigo los que amen la Italia!» Pues lo mismo digo yo á mis lectores: «Os aguardan caricaturas en negro, quizás ni

esto algún día. ¡Continúen con...! la emigración los que estén conformes con lo que digo! Porque de esto sí que respondo: de seguir diciendo lo mismo, mientras los jefes no varíen de rumbo. Esto ya depende únicamente de mí, y con caricatura en cromo, ó en negro, ó sin caricatura, el texto no variará. Y basta de digresiones.

Sí; han fracasado mis esfuerzos. Muchas felicitaciones, muchas pro'estas de adhesión; suscripciones, ninguna. Si se abona sen siquiera la quinta parte de los que se entusiasman con mi actitud, quintuplicaría *El Morín* la tirada que tuvo en 1889; y no digo nada si en la misma proporción lo hicieran cuantos en su fuero interno reconocen que la razón me sobra hasta por la punta de mis ya escasos pelos; tendría por suscriptores á casi todos los republicanos. Porque pueden todos pensar como quieren y renegar de mí en público, cual si fuesen clérigos ó frailes: pero negarse á sí mismos que yo he tenido razón y la tergo! Ya se guardarán muy bien. A solas todos nos decimos la verdad, y la verdad es que los hechos han trabajado en favor mío, demostrando mi imparcialidad, mi justicia, mi buen golpe de vista, mi... (aquí trescientas etcéteras).

Y si no, vamos á cuentas. Desde que vengo sosteniendo que el partido no va á ninguna parte por el camino que sigue ¿qué se ha hecho para demostrar que no tengo razón? Nada: los jefes siguen lo mismo; el desquiciamiento es mayor cada día; la unión ha resultado estéril; nadie sabe ya dónde está ni lo que quiere; sólo yo, dicen, he visto claro, siendo una especie de astrólogo sin barbas largas, manto con estrellas de talco, ni gorro puntiagudo.

Mas ni por esas: los lectores de *El Morín* no aumentan. Temen sin duda los republicanos que dicen que piensan como yo, que los mandones se enteren y los excomulguen. ¡Qué hacerle! Para esos la democracia está de monos con la independencia y la dignidad.

Es verdad que en todo ocurre lo mismo. Pocos se atreven á ser hoy lo que dicen que son: demócratas que abdicar de sus derechos; librepensadores que van á misa; revolucionarios que condenan los movimientos; partidarios de la lucha legal que se sublevan; amantes de la fraternidad que se destrozan constantemente; entusiastas, fríos como carámbanos; sensatos, que cometen á cada paso terribles ligerezas... Esto somos.

Convencidos de que había que por el escabel al gato, todos gritábamos, mas ninguno se lo ponía; yo me atreví y toma escabelito! Los que más encarecían la necesidad de hacerlo, se creen ahora más obligados á censurarlo: quieren hacerse perdonar hasta la intención. No sentirán el santo temor de Dios, ¡pero lo que es el de los jefes!...

En último término, he salido bien librado: otros han perdido por sus convicciones más que yo. Me sonroja hasta pensar que pueda nadie suponer que trato de establecer comparaciones; mas si cito sus nombres, no es por creer que haya quien los ignore, sino porque algún malicioso no vaya á suponer que al hablar de sacrificios trato de aludir ni directa ni indirectamente á los señores directores del partido.

Villacampa, Ferrándiz, Bellés, Mangado, Cebrián, sargentos fusilados en Santo Domingo, todos muertos; Vega, Prieto, Foncuberta, Marín, Casero, Castillo, González, y cuantos sublevados en Badajoz ó en Madrid han perdido sus carreras y estado en

la emigración ó en el presidio, lo mismo los que se han visto obligados á tomar el retiro ó la licencia por no sufrir persecuciones, igual que los que se ven postergados y vigilados en la escala de reserva... todos los que, con sólo haber seguido la corriente podían haber obtenido empleos, cruces y honores, esos, esos sí que han sacrificado mucho por la causa, no yo; e los sí que han practicado la ver'ad, mientras yo me he limitado á predicarla. No hay comparación entre ellos y yo: no puede haberla.

Y cuando pienso en lo que habrán pensado los que viven aún, y en lo que pensarían los que murieron si vivieran, al ver á quienes los comprometieron lanzarse frenéticamente á la lucha electoral, sin reparar en gastos ni en abdicaciones, para conquistar un puesto en las Cortes ó en los municipios, mientras las mujeres y los hijos de esos militares carecen de abrigo y de pan...

Pero dejémonos de tristezas é injusticias y volvamos á *El Morín*.

No, no me queje de nadie; me ha ocurrido lo que debía ocurrirme. La mediana opinión que tengo de muchas gentes me impediría llamarme á engaño, si no me lo vedara el temor á pasar por necio; aunque mirada la cosa desde el punto de vista de la conveniencia, eso y sólo eso he sido; con la agravante de que continúo y continuaré siéndolo, y de que volvería á empezar á serlo con mucho gusto, si lo pasado pudiera tornar á ser.

Defecto orgánico, perturbación cerebral, carencia de instinto, no sé qué será lo que determina esta mi manera de ser, más sí que soy así. Verdad que si fuera de otro modo no me habría metido á discurrir á nadie sólo por decir lo que creía justo. «Con mi misita, mis niñas y mi aguardiente hago una vida de santo», decía el cura del cuento; yo, imitándole, podía haber dicho á mi vez: «Con mi *Morín*, los libros de su biblioteca y la influencia natural adquirida en tantos años de trabajo, que me pinchen ratas. Venga quien venga y mande quien mande, no valgo tan poco que vaya á desairarme aquél á quien me arrime. ¿Que los jefes no cumplen con su deber? ¿Y á mí qué? Yo ya tengo seguro un puestecito el día que la República venga. Hasta tanto, tira de aquí, tira de allá, con lo que produzcan el periódico y los libros, iré viviendo, aunque sea con apuros. Que se la busque cada quisque como yo me la he buscado, y Antón Perulero, cada cual atiende á su juego.» Y ¿quién sabe, quién sabe? Quizás se me hubiese ocurrido un día hasta ser concejal (que nadie está libre de un mal pensamiento) y entonces... Aquí debía haber tres líneas de puntos suspensivos y un borrón muy grande.

Mas ¡ay! no ha sido así: por algo me gusta tanto *El Quijote*. Creyendo que los Andreses necesitaban de mi ayuda para que les pagasen sus soldadas los Haldudos, arremetí lanza en ristre contra éstos, y ¡ay de mí, entre todos me han traído al extremo de tener que escribir estos renglones. El propósito de ver si el Pueblo despertaba (otro día, que el león sacudiese su melena), y al notar que quienes lo habían traído y llevado veinte años como zarandillo de brujas se decidía á volver por sus fueros, lanzóme al camino espinoso de la verdad, por el que sigo marchando.

Y como para decirlo no es absolutamente preciso que la caricatura vaya en un color ó en varios (por más que esto último sería miel sobre hojuelas), de ahí que me

haya atrevido á intentar esta nueva y negra reforma, creyendo que los actuales lectores de *El Morín* serán tan indulgentes conmigo, que me la perdonarán en gracia á mi intención, que no es otra sino la de poder seguir con desembarazo (freciéndoles lo que creo que les agrada, desde el momento que continúan leyendo lo que escribo á despecho de majaderos, ineptos, serviles ó algo peor aún).

Si me equivocara también esta vez, tampoco desmayaría; un desengaño más; pero si alguien me preguntara entonces con quién contaba, le contestaría orgullosamente, como no recuerdo ahora qué personaje histórico: *conmigo*; y continuaría mi labor.

Largo y pesadito ha resultado este artículo, mas no he podido evitarlo: tenía que explicar la razón de tantas variaciones en el periódico, yo, que tan poco varío en otras cosas; y tenía que explicársela á los lectores de *El Morín*, que considero como amigos, y que tendrán la bondad de olvidar todo esto apenas acaben de leerlo. Lo que no quisiera que olvidaran nunca, es que pueden disponer de mí siempre y como gusten.

14 Diciembre 1893

Del Capitolio á la roca Tarpeya

¿Por qué pongo ese título cursi? Por lo siguiente:

Hallábame el viernes 3 del actual leyendo por segunda vez (los grandes hombres tenemos también debilidades) un artículo de *La Epoca* en que...

Pero allá va: no resisto la tentación de copiarlo; así me elogiaré por tabla y facilitaré á mis lectores la perfecta inteligencia de lo que vendrá después. El artículo dice así:

«José M. J. J.»

¿Que si le conozco? ¡Ya lo creo que le conozco! En mi eterna manía de no conocer á ningún hombre vulgar, ni aun á mí (que soy la única persona vulgar de cuyo trato no puedo prescindir), tengo que conocer personas que se salen del tipo común.

¡Admiráos, oh jóvenes amables! Apesar de lo distantes que siempre hemos estado en política, no solamente le conozco, sino que le estimo, y bajo puntos de vista bien diferentes: como prosista, como poeta, como carácter inflexible y duro para los demás, y más que para nadie para sí mismo.

Le admiro por muchos conceptos, menos por uno: por buen mozo; lo que es como buen mozo, no lo es.

Cuando hace muchos años, más de veinte, le veíamos entrar en el Suizo, sin corbata y mal vestido, y cuando le admirábamos, no sólo por el cáustico poder y por la entereza de su talento, sino por su altísima vez incomparable que hacía que ninguno de nosotros, y eso que le queríamos mucho, se atreviera ni siquiera á convidarle á nada ni á hacerle (frecimiento alguno, en aquellas ocasiones no faltaba entre nosotros quien dijera: «él cederá; las necesidades de la vida le harán doblegar como á tantos otros.»

Yo jamás lo creí. Al contrario: en la terquedad con que mantenía sus opiniones

en la dureza de sus juicios, prometía que había de ser lo que ha sido, lo que no se ve todos los días: un carácter.

Tan recio, tan inflexible, que en la colección de sus escritos se pueden ver la impresiones que en una inteligencia republicana, pero recta, extraviada sin dudas pero llena de pasión, han producido los errores (por no decir otra cosa), que han acumulado durante veinte años los que fueron sus ídolos.

Nakens, antes de la República, la defendió desinteresadamente como el primero, en los primeros años de la Restauración: pocos habrán combatido la Monarquía de manera más fogosa, y pocos habrán sufrido por ello más disgustos y más contrariedades.

Hoy no es monárquico, ni por desgracia de él y de los monárquicos lo será jamás; pero combate á los que le llevaron al callejón sin salida de un republicanismo bizantino. No los combate, no; les dice sencillamente la verdad; y esa verdad, dicha serena y francamente, es la más grave de las ofensas que se les puede hacer á esos señores.

Ha abordado el teatro, y en dos ó tres ocasiones ha conseguido hacerse aplaudir, sobre todo por lo hermoso, por lo patriótico de los asuntos que ha escogido y por lo entonado de su versificación.

Un detalle: le falta un pedazo del labio inferior. Yo creo que es que alguna vez ha considerado justo castigarse mordiendo y... ¡se lo ha mordido!

Tiene un defecto grave; el orgullo; pero ¿acaso no puede tenerlo quien como él, solo, luchando con todo y contra todos, y no transigiendo jamás con su conciencia ha llegado á fuerza de puños á conquistar la notoriedad que nadie le puede negar en usticia?

EL OTRO

El autor del artículo me conocía. Lo de la falta de corbata, lo de la mala vestimenta (decoración que decía yo por entonces,) lo de la altivez... No me cabía duda: era un amigo antiguo. Pero esto no me impedía saborear el elogio. ¡Siempre debilidades!

¡El Otro! ¿Quién sería *El Otro*?... Repasaba la lista de los amigos que hace veinte años nos reuníamos en el Suizo, y, nada, no daba con él. Pensaba en uno, pero siempre acababa diciendo: no, no es éste: es *El Otro*.

Una sola frase me desagradaba del artículo; esta: «*Hoy no es monárquico, ni por desgracia de él y de los monárquicos lo será jamás.*» ¿Porqué decía esto? ¿Acaso puede haber fortuna mayor que la de consagrar la vida á la causa del Pueblo, pertenecer á un partido donde la abnegación es la virtud de todas las horas y el sacrificio el deber de todos los días? ¿Qué recompensa mayor que...?

«¡El juzgado!» oigo decir, y el soliloquio queda cortado súbitamente.

Alzo la cabeza y veo adelantarse cinco hombres con andar pausado y rostros graves. ¿A qué venían? ¿Habrían denunciado *EL MOTÍN*? Pronto me convencí de que no. Venían á embargar, á instancias de un almacenista de papel, al director y propietario, que, según su leal saber y entender, era yo.

¿Se comprende ahora por qué puse á

estos renglones el título cursi, *Del Capitolio á la roca Tarpeya*?

Un señor de los cinco desvainó un legajo, y me enteró de que el embargo era preventivo; el almacenista había visto anunciar los con grandes rebajas los libros que aquí se venden, y temió no cobrar, santo temor que todos sentimos, y que en muchas ocasiones ¡ay! se confirma. Hice las protestas debidas y el embargo comenzó.

El acto no es simpático; lo confieso desapasionadamente, y admito discusión con el que opine lo contrario. Debí cometer en él varias torpezas, por la misma razón que aquel condenado á muerte que suplicaba al verdugo le perdonase las suyas, por ser aquella la vez primera que lo ahorcaban.

A los dos días de contar libros y papeles, se trasladaron los cinco señores supradichos á la puerta del almacén donde se guardan los libros de *EL MOTÍN*, precintaron la cerradura con un papelito á modo de lápida, y se retiraron.

A los dos días (los feriados no se embarga), reanudaron su tarea, y á la hora de cerrar este número siguen en ella con la tranquilidad de los justos.

¿Que por qué divulgo esto que todos ocultan ó niegan cuando les ocurre? Por mi inveterada costumbre de pensar alto para mis lectores, y porque me da pretexto para decir algo que callaba.

Pero no anticipemos los sucesos.

Mientras embargaban los libros el primer día, y, mirando sin ver y escuchando sin oír, evocabá recuerdos de años pasados, y me decía con cierta sorna:

Tomé independencia, Pepito, y habla con sinceridad, y combate lo que no te parezca bien; empuñate en que los republicanos se unan para que la monarquía acabe; fastiga los ídolos y los idólatras; desprecia el clamoreo de los imbéciles; cifra todo tu orgullo en estar satisfecho de ti mismo; y cuando las bajas á *EL MOTÍN* vengan á centenares, yérgete, y, más activo cuanto más acosado, prosigue tu camino sin dulas ni desfallecimientos; di que la República, si ha de responder á lo que el país espera de ella, ha de ser regida por los capaces, servida por los honrados y defendida por los leales; truena contra la farsa en todos los terrenos; que al final de todo esto te encontrarás un alguacil, un escribano y un procurador.

«Demanda todas tus alegrías al trabajo; envanécete de una consecuencia á prueba de tentaciones; no consideres el dinero sino como un medio para quedar siempre bien, y no hagas por adquirirlo nada que no puedas explicar; alístate para evadir compromisos, y resta amigos por combatir deficiencias políticas; que al término de todo te acocha un acreedor que saca al juzgado de su casa para traerlo á la tuya.

«Procura á toda costa conservar tu dignidad política, aun dudando, como en esta ocasión, de si siempre es compati-

ble con la personal; combate á todos en terreno franco, para verte obligado á defenderte de las argucias de un curial que tiene al dedillo las triquiñuelas de la ley; no toleres que nadie duela de la rectitud de tus intenciones, y soporta que un procurador las discuta ante unos pliegos de papel sellado; cree que la verdadera moral está muy alta para que le alcancen ciertas impurezas, y desciende de esa altura para debatir una miserable cuestión de ochavos.

«¿Y te juzgas hombre práctico, porque cuatro majaderos te lo dicen? ¡Quita allá tú, cien veces majadero! Lo práctico es precisamente lo contrario de lo que haces. Mientras otros republicanos utilizan su nombre ó su posición para buscar provechos, tú, empedernido estúpido, llevas tu ridícula intransigencia hasta privarte de escribir artículos literarios en periódicos monárquicos. ¡Temerás sin duda que se produzca, si lo haces, una conflagración europea, ó que en China y el Japón te execren! Confieso que me haces eir, Pepito.

«Imita á los que, como dijo no recuerdo quién, acoplan á Cristo con Robespierre, y á los que aseguran su porvenir en cargos gratuitos de elección popular, en vez de dedicarte á lanzar rayos desde el Sinaí de tu tontería contra los que, atentos á la realidad, complacen á la serpiente tentadora que les habla enroscada al árbol prohibido; á esos que siguen al pie de la letra esta máxima vankee: «Haz dinero: honradamente, si puedes; y, si no... hazlo.»

Todo esto me decía con cierta sorna, como queriendo hacerse superior á la situación, pero la situación se me imponía. A pesar de mis teorías semi-literarias, semi-románticas, no dejaba de comprender que, después de lo ocurrido, el crédito se perdería del todo; que aumentarían las dificultades para la vida de *EL MOTÍN*; que se duplicarían el trabajo y las inquietudes; que habría más censores y menos amigos; que la lucha sería más ruda, las horas más largas y los plazos más cortos... Pero ¿me habla de amilanar por eso?

No. Amilánese en casos tales el apreciable tendero cuyos únicas relaciones con la honradez consisten, como decía Teófilo Guiter, en pagar las letras á su vencimiento, sin cuidarse (añado yo) de la forma en que adquiere el dinero para verificarlo. Mis yo ¿por qué? ¿Pueden acaso detener á un hombre que sirve para algo, y que trabaja, unas resinas de papel interpuistas en su camino?

«Trato, al hablar así, de dar á entender que no me molestan estas contrariedades? De ningún modo: me molestan, y mucho; pero como al propio tiempo me honran, gano por un lado lo que por otro pierdo.

Y me honran, porque me bastaría quererlo para que cesaran; y me honran, porque cuando se sabe que nada se ha hecho para provocarlas, ciertas contrariedades elevan á los propios ojos; y me honran, por lo que regocijarán á todos

los mentecatos y á todos los canallejas que han hecho la guerra á EL MOTIN, por inspiración propia ó por mandato ajeno; canallejas y mentecatos que no se han ido con la monarquía porque á la monarquía no le hace falta comprar basura, y que no entienden que nadie obre por móviles honrados, sencillamente porque no los sienten.

Esto era lo que tenía ganas de decir.

Y después de decirlo, y de relatar lo ocurrido, y de saber dónde encontraría el remedio ¿qué camino tomar? El que hasta ahora. ¿Qué marcha trazarme? La que hasta aquí. ¿Qué hacer? Lo que hasta hoy. ¿Qué defender? Lo de siempre. ¿Qué gritar? ¡Viva la República!

El Otro tiene razón: ni he sido monárquico ni lo seré jamás.

Sentir sed, tener la copa á la mano, y no beber... ¡En esto fundé siempre mi orgullo!

11 Enero 1896.

Supongo que la lectura de esos dos artículos da idea de como he tenido que hacer mi labor. Y eso que no quiero hablar de lo más terrible: las contrariedades pequeñas, aunque diarias. Si algún hombre debiera creer en los milagros, soy yo. ¿Cuál mayor que el de haber llegado a estas alturas (de años) sin detrimento de mi virginal independencia, y pudiendo todavía trazar con pulso firme en el papel las ideas que bajan desde mi cerebro á mi pluma, cual si la Providencia de los clericales se complaciera en alargar mis días para que los reviente?

Lo del Homenaje

Terminada la Primera parte, entremos en la Segunda, que dedico exclusivamente á *Ideal* de Zaragoza, á quien ruego que desista de la idea de que se rinda *Homenaje* á un hombre que se ha pasado la vida rechazando todo lo que se le ha ofrecido, y no solicitando nada de aquello á que tenía perfecto derecho.

No discuto si hago bien ó hago mal rechazando un *Homenaje* ofrecido por mis compañeros en la profesión más noble y más alta que existe, cuando se ejerce dignamente: admito desde luego que no hago bien. Pero como los viejos solemos encariñarnos hasta con nuestros defectos, acaso para llenar los huecos que van dejando otros cariños que se amortiguan ó se alejan, yo quiero mucho á este mío que me ha obligado siempre á huir de exhibiciones y á rechazar homenajes; y no me perdonaría si, por una debilidad casi de ultratumba, me divorciase de él ahora.

Y para documentar mi negativa á rechazarlo, dar de paso una dedada de miel á mi vanidad, y justificar, hasta incurriendo en pesadez, el pretencioso título YO, HABLANDO DE MI, sírvase *Ideal* seguir leyendo:

Rechazando una suscripción

A FERNANDO LOZANO

Mi querido amigo y correligionario en glorias y fatigas: No pensaba hablar ni una palabra más acerca de lo que ocurre por aquí; los asuntos particulares son enojosos aun cuando se rocen con la política, y doblemente si en ellos se mezclan los ochavos; pero me obliga á quebrantar mi propósito el artículo que usted publica en el número último de *Las Dominicales*. Ofrece tal contraste lo que usted dice con lo que otros han llamado que deseo hacerlo notar.

(Un paréntesis. Descartada en absoluto la idea de abrir una suscripción para rescatar los libros embargados. Si algún correligionario quiere hacer algo, que se suscriba á EL MOTIN, ó que compre los libros á los bajos precios que se anuncian, si es que el almacenista de papel levanta el embargo para que puedan venderse; de no hacerlo, ya se publicarán folletos de propaganda anticlerical á 15, 20 y 25 céntimos, amén de los que se están reimprimiendo. Si los adquieren, la cuestión quedará resuelta, y me sentiré orgulloso de haber debido á los correligionarios, y á nadie más que á ellos, el que salga EL MOTIN de esta crisis. Y me afanaré doblemente que hasta ahora por defender la unión de todos los republicanos para ir á la revolución, sin prejuicios de secta ó escuela y sin programas artificiosos é ineficaces; y continuaré combatiendo los ídolos y los idolátras, y quebrantando al clericalismo, enemigo constante é irreconciliable de la libertad).

Pues como iba diciendo, ofrece tal contraste su generosa conducta con la de otros ciudadanos, que no sabría yo agradecerse la si callase las ideas que me inspira. Oiga me usted, por lo tanto.

Ni he solicitado á nadie para que me ayudase á salir del compromiso, ni nadie se me ha ofrecido tampoco. Y en parte me alegro. Hay favores que obligan demasiado y que pesan después mucho en la balanza de la independencia. La gratitud es cualidad noble, pero carga pesada; virtud hermosa, pero cadena fuerte.

Aunque miento al decir que nadie se me ha ofrecido: se me han ofrecido los amigos que tienen pocos medios y gran voluntad, y muchos, pero muchos lectores de EL MOTIN. En cambio, he echado de menos en estos días la presencia de algunas gentes. Pero ¡bah!... ¡Misericordias previstas!... ¡La eterna historia de los pequeños!... Lo único que siento es no poder concederles privilegio de invención por su habilidad ó su prudencia: es tan viejo y tan usual el apartarse del que sufre un contratiempo, que esos pobrecillos no pueden siquiera alabarse de haber inventado nada. Una sola cosa les suplico: que no se disculpen la primera vez que me hablen. Podría sentir náuseas.

Su ausencia, sin embargo, ha sido honrosamente contrapesada ¡oh hermosa ley de las compensaciones!

En la mañana de ayer llegó á la redacción un obrero de pequeña estatura y enjuto de carnes; preguntó por mí, y balbuceando cual si fuera á pedir una limosna, me dijo: «He leído en *Las Dominicales* lo que á usted le ocurre, y vengo á traerle esto; pero no ponga usted mi nombre.» Le abracé, rechacé un duro que me daba, y volví la cabeza para que no advirtiese la

emoción que me producía aquel acto; insistió en su oferta, persistí en mi negativa; le pregunté su nombre, y le dediqué un ejemplar de mi libro *La Piqueta*. Muchas dedicatorias he puesto, mas ninguna con tanto gusto ni tan merecida. Al entregarle el libro, balbuceé yo á mi vez, temiendo que se negase á concederme la honra de aceptarlo. Después hablamos, y supe que en siete años de economía feroz, había logrado reunir ¡24 duros!

Cuando se marchó, sentí que no se me hubiera ocurrido cambiarle por otro el duro que me ofrecía, para guardarlo como una reliquia. ¡Cuántos esfuerzos, cuántas privaciones representaban aquellas cinco pesetas! No hago público el nombre de ese amigo desconocido, porque me lo prohibió, pero allá van las iniciales: I. S. M.

Cosa bien diferente que náuseas me producen los clericales; me producen alegría. Al ver la que les ha invadido, me digo para mis adentros: «¡Qué desengaño van á llevar! ¡Ahora, ahora es cuando empieza el tango!»

Los jesuitas, sobre todo, se regocijan creyendo que EL MOTIN va á desaparecer. El organillo que en Madrid sostienen á fuerza de dinero (sólo tira mil ejemplares) el P. Sanz y el de Comillas, gruñe alborozado. Los niños góticos se frotan de gusto las devotas manecitas. ¡Habrá mentecatos!

¡Morir EL MOTIN! Se necesita ser *loyola* para suponerlo siquiera. Un periódico que siembra hoy el odio á la reacción, como mañana procurará su exterminio, ¿había de morir por un accidente fortuito é inevitable en los tiempos presentes para todo aquel que no explota beatas, capta herencias, ó no comercia con su vergüenza ó con las desventuras de la patria?

Lo que le ocurre á EL MOTIN debía ocurrirle, dado su empeño en combatir la causa de todas nuestras desdichas, el clericalismo, y á los jefes republicanos, rémoras de la unión. Lo verdaderamente milagroso es que no le haya ocurrido antes.

Propaganda en contra en los pulpitos; propaganda en contra en los comités... Excomuniones á la luz del día de los obispos; excomuniones en la sombra de los jefes republicanos... Curas vociferando... correligionarios calumniando... Me río yo de las siete vidas de los gitos.

Usted, amigo Lozano, que ha pasado también por esto, comprende perfectamente la fe y la fuerza de voluntad que se necesita para no ponerse por montera á los unos y á los otros; y más aún para no ceder á los razonamientos del instinto de conservación. Si no quiere usted llevarle fe, ni fuerza de voluntad ni convicción siquiera (que no estaría mal tampoco), llámele tenacidad, si tal le place; que no por esto dejará de ser un hecho el que de todo nos hemos cuidado menos de lo que particularmente nos interesaba. De no ser así ¿cómo habíamos de vernos como nos vemos, teniendo que hacer números á lo tendero con la misma pluma que usamos para combatir la injusticia, interrumpiendo un párrafo en que defendemos la libertad para departir con el que tiene derecho á interrogarnos porque no le hemos abonado á tiempo una factura? ¡Y qué facturas! Me envanecería si debiese, como César ó como Curión, millones de sextercios; ¡pero centenares ó miles de pesetas! Esto me rebaja á mis propios ojos.

Mas volvamos al asunto.

Mientras con más entereza combatía el clericalismo y más arreciaba en mis ata-

EL MOTIN



1835.—ACUCHILLAMIENTO, FALTANDO A LA CAPITULACION, DE SESENTA Y CINCO HOMBRES ENTRE SOLDADOS Y NACIONALES, EN NOGUERUELAS.

Ayuntamiento de Madrid

ques á los jefes, más bajaba el periódico; y mientras más bajaba el periódico, más vi vos eran los ataques. ¿Quién repara en pérdidas cuando cumple un deber?

A fuerza de trabajo y economías... (aun- que me revienta la vida modesta, la he he- cho siempre), se habían editado en El Mo- rín unos millares de libros. Pues bien: tu- ve que venderlos á bajo precio y con su producto editar otros.

¿No los tomaban los libreros, ó querían que se los diese más baratos aún que de balde? (Hubo uno que ofreció 5 céntimos por tomo de *El Judío Errante*, es decir, 15 por la obra: algún día hablaré de estos feroces Matatías) Pues á la calle con los libros, á las ferias, á todas partes...

Pero en Santander un concejal comi- llesco los recoge; y en Valladolid un al- calde en entredicho prohíbe su venta; y en Bilbao un polizón al servicio de los jesuitas hace lo mismo; y lo propio en Va- lencia un alcalde conservador dominado por los carlistas...

De este modo resultan vanos cuantos esfuerzos hago para salir de los compro- misos más apremiantes... Y como en El Morín no ha habido nunca, ni las hay, ni las habrá, otras entradas que las decentes, la cerrazón aumenta cada día.

Se ofrecen los libros más baratos aún, y como si no: hay poco dinero y menos ga- nas de leer. Verdad es que la Magdalena no está para tafetanes: la guerra de Cuba, la miseria... Esto absorbe toda la atención, y así debe ser.

¿Qué vidita, Lozano, qué vidita! ¿Para mis enemigos la deseo! Aun cuando nunca la disfrutarán: son gentes prácticas que explotan la religión y la política.

Y lo más gracioso de todo (porque la nota cómica se da hasta en los duelos), es que mientras el embargo se incubaba, los unos me felicitaban por mi constancia en atacar al clericalismo, y los otros me aplau- dían por mi enérgica actitud ante la con- ducta de los jefes.

Por fin, después de mil ensayos malo- grados, y de haber agotado el crédito, se me ocurrió poner el número á cinco cénti- mos, y entonces comenzó á subir El Morín hasta los 8.000 ejemplares que hoy tira. Pero ya sabe usted lo que ocurre con esto: 8.000 ejemplares son bastantes para la pro- paganda de la idea revolucionaria; son muy pocos para costearse el periódico y vivir quienes lo redactan del pie de altar. A cinco céntimos el número (tres para la administración), con los muchos gastos que tiene, lo que se pierde en Correos y lo que deja de cobrarse, no hay remedio: ca- da mes resulta un déficit regular.

Y lo que tenía que llegar, llegó. Un acreedor, que no entiende ni debe enten- der de estas cosas y cuya única misión en la tierra es cobrar, se impacientó, acudió á los tribunales con el mayor sigilo, y ya sa- be usted lo demás: lo embargó todo.

Algunos colegas de Madrid y provincias que se han ocupado del asunto, sospechan que la mano del jesuitismo puede andar en él, teniendo en cuenta lo que ha dicho el ex abogado de los *Padres de familia*, se- ñor Ceballos, acerca de los propósitos que abrigaban en tal sentido. Yo no lo creo; pero si mañana los hechos me muestra- sen lo contrario, sostendría que el alma- cenista había sido instrumento incons- ciente y que los jesuitas habían preparado bien la cosa, tirando la piedra y escondien- do la mano, según su costumbre. Embargar los libros anticlericales, hacer que se ven- diesen en pública subasta, encargar á un

librero de su devoción que los adquiriese, y destruirlos después... No, no era un plan descabellado.

Mas ¿á qué pensar en esto? Venga por donde quiera, el golpe está bien asestado. Respecto á la indiferencia de ciertas gen- tes, me la explico de este modo.

Estamos más solos de lo que creemos, amigo Lozano. La levadura teológica que muchos conservan; el temor en otros á perder clientela ó parroquia si se declaran abiertamente anticlericales; la aspiración ridícula en algunos de pasar por hombres de Estado, impide que gran número de re- publicanos que nos aplauden en privado se atrevan á defendernos en público. Y si mañana viniese la República, se nos pon- dría esa tacha por los mismos que se apro- vechasen de nuestra propaganda. Gracias á que nosotros no haríamos caso y segui- ríamos nuestro camino.

Pero blasfemo al decir que estamos so- los. Cuando llega á nuestras puertas un hombre como el obrero que he citado, y sin conocernos ni esperar nada de nos- otros, y hasta negándose á decir su nom- bre, nos entrega lo que le ha costado me- ses reunir, cien pequeños gores suprimi- dos, muchas porciones de alimento mer- madas, bastantes ratos de frío pasados por falta de ropa, lo que constituye la vida de una semana, lo que haría feliz á su hijo si lo emplease en juguetes. ¿vamos á quejar- nos de que estamos solos? Perdóneme us- ted, Fernando, esa nota pesimista, y per- mítame acabar este artículo con los pá- rrafos que termina la dedicatoria que puse hace años á mi libro *La Piqueta*.

«El viento de las alturas llega á nosotros saturado de odio; busquemos un abrigo en el rincón de nuestra conciencia, y centuplique- mos los golpes.»

Agotemos nuestras fuerzas en favor de los que todavía, y á pesar de los muchos Cristos sacrificados, no han sido redimidos, y viven envueltos en la horrible penumbra de la mise- ria.

Seres que sollozan de angustia ó rugen de ira, para quien el sol no resplandece nunca y las noches todas son negras y frías.

Derribemos, por lo tanto, sin cuidarnos de quién va á edificar, y sin albergar el temor pueril de que la labor sea perdida. En los so- lares que dejemos se alzarán magníficos pala- cios.

Adelante, pues, piqueta mía, sin tregua ni desfallecimientos; duplica la fuerza á cada nuevo impulso de mi brazo, y destrúzalo todo.

Y hazlo con ira; más aun, con rabia; mejor todavía, con voluptuosidad. Choca, derriba, desmenuza; conviértelo en polvo cuanto toques.

Y á ver si mañana, cuando tú mellada y yo rendido caigamos en la nada, hay alguien que exclame:

«Cumplieron con su deber.»

25 Enero 1896.

Rechazando un banquete EN HONOR DE NAKENS

Triste labor ir sumando negaciones y negaciones, enamorados de la «Nada», nuestro único ideal...

Toda idea, vieja ó nueva, de arte ó de política, es rechazada sistemáticamente con un «no» categórico é indiscutible. ¿No hay nada de nada!

Y faltos de fe, sin ilusiones, desespe-

ranzados, aburridos, incapaces del amor y del odio, nos hemos sentado, como el árabe, en nuestra puerta, esperando los acontecimientos...

Pues bien, no: es preciso luchar.

Aceptarlo todo, someterse á todo, es de imbéciles y de cobardes. La vida es movimiento, es actividad, es un comba- tir constante, de todos los momentos, de todas las horas, es una guerra sin descan- so... ¡Bien hayan los vencidos y los ven- cedores, los valientes que pelean, los que miden sus armas por el bien ó por el mal, los que no esperan indiferentes, sentados á la puerta de su casa, el paso de los acontecimientos!

Negamos que haya «hombres». Pocos hay, en verdad, pero aún nos quedan al- gunos. Citemos á uno sólo: Nakens.

El ha luchado heroicamente por todos en esta época de horrible indiferentismo y de duda. Véase ese gran libro, *EL MO- TIN*, que ha debido ser «La Enciclopedia» del pueblo español.

Y toda la hermosa labor de Nakens ha resultado inútil, porque le hemos dejado solo en el combate, sin unirnos á él para ayudarlo, peleando á su lado... *EL MOTIN* pudo ser «La Revolución.» Y ahora...

Honremos á nuestros hombres. Es un deber de todos los que amamos la liber- tad y el progreso demostrar á Nakens que no está solo, que puede contar con muchas voluntades dispuestas á ayudarlo en su obra de regeneración.

Hemos comido el pan y hemos bebido el vino en toda clase de banquetes dedi- cados á la exaltación de tal ó cual indi- viduo nombrado concejal ó diputado.

¿Por qué no hemos de celebrar una fiesta de esas en honor de Nakens, en la que le demostraremos que somos muchos los que le rendimos acatamiento y admi- ración?

El Círculo Republicano de Madrid ha organizado un mitin para conmemorar el glorioso aniversario de la revolución de Septiembre. Muchos republicanos de provincias asistirán al acto. Aproveche- mos la estancia en Madrid de esos corre- ligionarios para reunirnos con ellos el día 30, y celebrar una fiesta en honor del di- rector de *EL MOTIN*.

Yo, el último de todos, propongo esta idea á mis correligionarios. Hay que con- tar, desde luego, con que Nakens se opondrá á la celebración del banquete. Pero no importa. Ya le convenceremos. Y partirá su pan con nosotros de grado ó por fuerza. ¡Estoy decidido hasta á re- clamar el auxilio de la Guardia civil si se niega á acompañarnos!

En la redacción de *Don Quijote* se re- cibirán las adhesiones al banquete hasta el día 29 del actual.

MIGUEL SAWA

El Quijote.

NO ACEPTO

A Miguel Sawa

Impresión penosa me ha producido su artículo. ¿Escasearán las personalidades

salientes en el partido republicano, cuando se ha fijado usted en mí?

Y esto no es modestia: yo no soy modesto; peca de lo contrario. Y se persuadirá usted, si ya no lo estuviere, con lo que voy á decirle: «Estoy convencido de que merezco ser honrado más que casi todos los republicanos.» Pero esto sólo prueba lo mal que andamos de gente que valga, no que valga yo.

Si no me obligase tanto su delicada atención, acaso le dijera algo desagradable. ¿A quién se le ocurre proponer que se me dé un banquete (*que desde luego rechazo*), siendo yo el hombre que ha tronado más contra esa mala costumbre?

Y si no por costumbre mala, rechazaríalo por no contradecir lo que he predicado; y aún más que por esto, porque no se me comparase con tanto vanidoso como entre nosotros hay. Mi norma, para tener algunas probabilidades de acertar, es no hacer lo que la mayoría. Y ya sabe usted que esto de banquetear es entre nosotros vicio añejo.

Yo aceptaría el banquete por haberme batido en una barricada, ó escrito un artículo que hubiese lanzado al Pueblo á la calle, ó comprometido los regimientos que nos son precisos para traer lo que por sabido callo. ¿Mas por luchar en la prensa, perseverar en un propósito, resistir contrariedades, sufrir abandonos, perder lo que tenía? No, por esto no. Dejo íntegra esa función democrático-digerible á los que dan tono de epopeya al sencillez cumplimiento del deber, y á los que no tengan otros medios de hacerse notar.

Como usted mismo hace la salvedad, amigo Sawa, no le extrañará que yo repita aquí, que eso de los banquetes se ha vulgarizado tanto, que no hay concejal, diputado ó presidente de comité que no reciba de ese modo la honra que por otros caminos jamás le llegaría. ¿Cómo quiere usted entonces equipararme con ellos? Claro que no sería igual; por algo se ha dicho que si alguna vez llevara el león la piel del burro, le llevaría como león. ¿Pero dejaría yo de estar contrariado en un acto que tantas veces censuré?

¡Y luego, los detalles!... El asiento de cabecera... Quienes deben ponerse al lado de la víctima... Si hay brindis, las tonterías que se acumulan... Si no, el disgusto visible de los que lo llevan embotellado... Y después, el ramito á una señora de la familia y el nombramiento de la comisión para presentarlo... Y ¡lo más terrible!, la noticia en la prensa al día siguiente, con la indispensable alabanza al fondista... ¡Ah, Miguel! No pensó usted bien en lo que hacía al ofrecerme ese cáliz de amargura...

¿Concurren pocos individuos al banquete? ¡Claro! ¿Quién había de ir, tratándose de un hombre que ataca todo lo divino y todo lo humano? Hasta los clericales hallarían en esto un argumento contra mí.

¿Iban muchos? Naturalmente; no iban por el obsequiado, sino porque hay siem-

pre gentes dispuestas á sustraerse á la comida doméstica, á reunirse y charlar, rompiendo un instante la monotonía de una existencia consagrada casi por entero á la fácil tarea de aguardar que la República caiga de arriba, como en tiempos el maná para los que cruzaban con Moisés el desierto.

Y no vaya usted á pensar, por esto que le digo, que desconozca la utilidad de los banquetes, tratándose de hombres que aspiran á cargo en comité, junta, directorio, diputación, concejalía, ó simplemente á notoriedad en su barrio... Mas no tratándose de mí, que huyo de todo lo que sea añadir á mi nombre el alias de un cargo, por honorífico que sea.

Pero advierto que me voy á notar al estilo irónico, que si cuadra bien al asunto, no responde á la nobleza de su intención, amigo Sawa. Dispénsese usted, y hablemos en otro distinto.

Hay algo en su artículo que me halaga mucho; por ejemplo, aquello de que he luchado, y solo, en esta época horrible de fanatismo y de duda. No sabe usted hasta qué punto es cierta su afirmación. Ha habido momentos en que me ha sido hostil todo; en que hubiera dudado de mí, á no ser por este inmenso orgullo que me ha sostenido y me sostiene, sin el cual habría caído para no levantarme, y que fundo, no en mis cualidades, sino en los defectos ajenos.

Respecto á lo de estar solo, crea usted que llega uno á acostumbrarse, por más que al principio indigne y desespere. Pero hay que ser justos, y no culpar á nadie de este abandono. Mis extrañas teorías, llevadas á la práctica, ¿á dónde habían de llevarme lógicamente? Al aislamiento. Y gracias á mis envidiables condiciones de resistencia, no he sucumbido ya.

¡Mi resistencia! Grande es, cuando no ha cedido ante los ataques de frente y de flanco que he soportado. Propaganda en contra en los pulpitos; propaganda en contra en los comités... Excomuniones á la luz del día de los obispos; excomuniones á la sombra de los jefes republicanos... Curas difamándose; correligionarios calumniándose...

Fe y fuerza de voluntad se necesita para no haberse puesto por montera á los unos y á los otros, y más aún para no ceder á los razonamientos del intinto de conservación. Si no quiere llamarse fe á esto, ni fuerza de voluntad, ni siquiera convicción (que no estaría mal tampoco), llámesele tenacidad; que no por esto dejará de ser un hecho el que de todo me he cuidado menos de lo que particularmente me interesaba. De no ser así ¿cómo había de verme como me veo, teniendo que hacer números á lo tendero con la misma pluma que uso para combatir la injusticia?

«¿Por qué no hemos de celebrar, dice usted, una fiesta de esas en honor de Nakens, en la que le demostraremos que somos muchos los que le rendimos acatamiento y admiración?»

Me hubiera agradado, indudablemente,

ver muchos correligionarios en torno mío; pero, como ya he dicho, no necesito esa demostración para saber que me aprecian todos los que han sabido leer lo que he escrito; los que no tergiversan las intenciones honradas; los que, por inspirar siempre sus actos en móviles rectos, saben separar las frases duras que en el ardor de la lucha se escapan, del propósito torpe y censurable. Y de esos quedan bastantes todavía. Mas sabiendo que existen, ¿para qué reunirlos? Ellos darán cuenta de sí cuando la ocasión llegue.

Sentiría que usted pensara, por lo que le he dicho, que soy majadero hasta el punto de suponer que en política puede un hombre solo realizar nada, no; más aún que las unidades en la aritmética, necesita el político cifras á la derecha para adquirir valor; hasta los cerros le sirven.

Por esto, me punza ya con frecuencia una idea, que siempre rechacé: la de la posibilidad de caer vencido por la conjunción poderosa de la imbecilidad, el miedo y la hipocresía; mas la aparto en el acto de mí, porque, en último caso, si tal ocurriera, quedaríame la satisfacción de haber resistido cual ninguno y de haberle dado á mis convicciones todo. Hay que hacer algo más que San Martín, el que partió su capa con el mendigo: darla toda entera. La caridad bien ordenada no empieza por uno mismo en las luchas por el ideal. Aunque si el caso apuntado llegase, para mí habrían sido las contrariedades; la vergüenza sería para el partido.

Es fácil que algunos exclamen al llegar aquí: «Es insufrible este hombre hablando de sí mismo.» Y tendrían razón. Difícilmente habrá quien esté más satisfecho de sí que yo de mí: no cuando me juzgo, repito; cuando me comparo. No es mía la culpa, sino de los que no se han dignado hacerme sentir su superioridad.

¡Cuánto he charlado, amigo Sawa, para dorar la pildora de *No acepto el banquete!* Si otro que usted me lo propone, no es rociada la que se lleva. Pero, amigo, á usted no puedo echársela. La verdadera amistad es ciega. Ya supo usted lo que se hizo al no consultarme la idea.

Resumiendo:

Si yo creyese que el partir el pan servía para algo entre nosotros, ó sospechara siquiera que los lazos de fraternidad se apretaban un poco, prescindiría de cuantas razones le he dado, y en el banquete nos reuniríamos. ¡Pero si llevamos veinticinco años celebrando fiestas de esta clase, y ya ve usted cómo nos vemos!

Nada, amigo Sawa; no puede ser, ni debe ser eso que usted quiere. Si á pesar de cuanto le he dicho persistiera usted en que fuera, me permito recordarle que á terco me ganan pocos. Yo no podré evitar, si se empeñan unos cuantos amigos, que el banquete se celebre en honra mía. Mas de no ir, de eso sí respondo. Y, no lo dude usted; sin mí, la fiesta resultaría sosa.

Y allá va el argumento que reservaba para el final:

Piense usted en que esa gran figura

que ve en mí, quedaría achicada en el momento que la expusiera en un banquete á los miradas de todos, recibiendo honores por no haberme vendido, por haber trabajado y luchado, es decir, por haberme respetado á mi propic; advierta que por eso, por no haber hecho lo que otros y ser como soy, es por lo que usted se ha fijado en mí para honrarme. Y si no quiere pensar en eso, piense en esto: si mi labor mereciese recompensa, debería concedérseme otra más alta, no esa, que aquí se le da á cualquiera. Y ahora diga usted que no acepto el banquete por modestia.

Merecer, es difícil; alcanzar, fácil; y como, según usted (y según yo), merezco ser honrado por mis correligionarios, contéñese (como yo me contento) con saberlo.

Y allá va esa mano de amigo, tendida más cariñosamente que nunca, para compensarle en parte de la contrariedad que le causará el saber que no acepto el banquete.

23 Septiembre 1899.

Rechazando una candidatura

POR QUÉ NO HE SIDO CANDIDATO

Porque habiendo sostenido que el sistema parlamentario es una farsa dentro del régimen actual, no he querido contrariarme tomando parte en ella.

Porque hay que solicitar la designación, ya directa, ya indirectamente, y yo jamás solicito lo que merezco; y digo esto, suponiendo que puedan pagarse merecimientos con un acta de diputado, que alcanza fácilmente cualquier ignorante, cualquier osado ó cualquier buscavidas.

Porque no sirvo para ir de pueblo en pueblo en un distrito, halagando presidentes de Comité y adulando caciquillos republicanos.

Porque no me consolaría nunca si, por haber excitado yo á las masas á que me votasen, hubiese perdido la vida un hombre, como en las elecciones últimas ha ocurrido en Bilbao.

Porque me repugna ejercer de sacamuelas ambulante, pregonando elixires de regeneración, panaceas sociales, ó anunciando revoluciones al minuto para timar el voto á mis oyentes.

Porque nada tan lejos de mí como entrar en combinaciones con éste para derrotar á aquél, traicionar á uno para que me apoye otro, y apelar á los chanchulleros y á las trampas que son de uso corriente en la lucha electoral.

Porque las elecciones, cual se practican hoy en España, hacen indispensable el empleo de todas las malas artes; dándose el caso de que, hombres incapaces de mentir ni de faltar á su palabra, no tengan inconveniente en hacerlo para sacar á flote su candidatura. No parece sino que el cargo exige ciertas indignidades desde que se piensa en alcanzarlo.

Porque es asqueroso y depresivo tener que entenderse con la cáfila de vividores y sinvergüenzas que llevan la voz cantante en las elecciones, mintiendo, embrollando, saqueando y emborrachándose.

Porque...

Mas no acabaría si á enumerar fuese las razones que he tenido para no presentarme candidato como tantos deseaban y me pedían.

Pero vamos á suponer que, perdida la chaveta como otros, me presento.

Tengo la seguridad de que me habría retirado, si el Gobierno deja de plantarme otro candidato en frenta, poniéndome así el sello del encasillamiento vergonzante.

Y de que, si mi acta hubiese traído protestas, no habría parecido por el Congreso hasta que estuviese aprobada.

Y de que tampoco hubiese presentado mi acta, si salgo por cuatrocientos y pico de votos en un distrito que contase con más de tres mil electores, según le ha acontecido á Azcárate.

Es decir, que á menos de no perder completamente el sentido en el momento mismo de presentar mi candidatura, sin recobrarlo después, no era posible que yo me hubiese sentado en el Congreso.

Antes de hacer y de pasar por cuanto he dicho, si alguna vez cayera en la mala tentación de ser diputado, me presentaría al ministro de la Gobernación (no de ocultis, como algunos de mis correligionarios hacen, sino cara á cara y llevando yo mismo después la noticia á la prensa), y le diría:

«Señor ministro: Quiero (¿necesito) ser diputado. Encasilleme usted en cual quiera de esos distritos sin dignidad que votan á quien se les ordena, y cuente usted con que mi oposición no rebasará nunca los límites que impone el agradecimiento.»

Y una vez con el acta en el bolsillo, mandaría á la M grande al primer degradado elector de mi distrito que se atreviese siquiera á felicitarme por el triunfo (?).

Y dada esta contestación á los que me preguntan, censurándome algunos, por qué no he presentado mi candidatura, me retiro por el foro.

6 Julio 1901.

Rechazando un acta

RENUNCIA

A Vicente Blasco Ibáñez, presidente de la junta provincial; A Isidro Beltrán, presidente de la junta municipal; F. Garrido Marqués, vicepresidente, y demás firmantes del acta en que se acordó presentarme candidato á la diputación á Cortes por Valencia.

Mis queridos amigos y correligionarios: Me he encontrado, sin solicitarlo, con lo que tantos solicitan sin conseguirlo: con el acta de diputado. Con el acta,

si. Cuando Valencia dice: «Este es mi candidato», su diputado es aquél.

La designación me ha sorprendido, y no por suponer que no la merezco; la merezco, ¿á qué falsas modestias? sino porque nunca había pensado en tal cosa. Tarde ha venido; pero, en cambio, llega en condiciones de satisfacer al más exigente. ¡Diputado, y por Valencia, y con Salmerón! Nunca podría encajar más apropiadamente que aquí lo de «miel sobre hojuelas».

Sin embargo, yo declino esa honra; yo no puedo aceptarla.

Y no puedo, porque el abandono en que, como *El Pueblo* ha dicho muy bien, me han tenido los míos, me ha conaturalizado con el aislamiento, y el aislamiento me ha hecho gustar las ásperas dulzuras de esta independencia semisalvaje que disfruto y que no trocaría por el cargo más alto; independencia que ha sido beneficiosa para el partido republicano, pues merced á ella inicié y se realizó la Fusión, y está próxima á realizarse la Unión, que también he iniciado, propagado y defendido, lo cual no hubiera podido hacer sujeto á un organismo cualquiera.

Y no quiero, por no desdibujar esta personalidad que á costa de tanto trabajo me he creado y de la que estoy tan envanecido; personalidad que quedaría, no ya desdibujada, borrada completamente, si después de cuanto he escrito contra las elecciones, acudiera á ellas ahora. Sería estafar á los que tienen de mí la opinión que deben. Cada vez que recibo estos días una carta—y recibo muchas,—en que se me dice: «usted no aceptará», siento que esa mi personalidad se ensancha.

Sé que, obrando así, antepongo mi voluntad á la del Pueblo, y que esto es contrario á democracia; mas confío en que mis correligionarios me perdonarán este desinteresado egoísmo, en gracia á que tan pocas veces he pensado en lo que personalmente me convenia.

Y que el ser como soy es algo, pruébalo el hecho mismo de haberse acordado el pueblo valenciano de mí para que lo represente. Y habiendo reconocido él que merezco tal honra, ¿cómo no seguir siendo lo que soy, para merecerla cada día más?

Faltaría á la verdad si dijese que no me halagaría ir al Congreso. Mas como no puedo ni quiero ir por las razones apuntadas y por alguna otra que no hay para qué traer á cuento, no voy. Sintiendo mucho el no ir. Que conste.

Y manifestado esto, sólo me resta decir á quienes me han designado:

«Desde hoy, para todos los efectos que soliciten el agradecimiento, cuente el pueblo republicano de Valencia con él mío; y para todos aquellos otros que exijan sacrificio, disponga de mí como y cuando guste.»

21 Febrero 1903

Si después de enterarse de esa mi constante manera de obrar, persistieran *Idea*

y otros periódicos en lo del *Homenaje*, me proporcionarían una contrariedad muy grande.

Y como todos me quieren bien, sé que desistirán de esa idea, siquiera para que no brote en mi cerebro la que más me horripila de todas: creer que puedo estar en ridículo, *aunque no lo esté*.

Mi reconocimiento más profundo por el señaladísimo favor que seguramente van a prestarme, y

¡LIBERTAD Y Á ELLOS!

JOSE NAKENS

Filosofía y cristianismo

¿Qué es la muerte? Para el que profesa el principio de la unidad, es un mero accidente de la vida; para el que cree en el dualismo, la destrucción de la vida misma.

Aquél, detrás del sepulcro ve aún la Humanidad y el mundo; éste, sólo la nada en la tierra y la divinidad en el cielo. Síguese de aquí, necesariamente, que aquél se reconoce unido á todo lo que vive, y éste no acierta á ver que exista lazo alguno entre él y las demás generaciones; aquél se reputa solidario con la Humanidad en el tiempo, y éste insolidario.

Admitido, por lo tanto, el dualismo, ni vivo ni muerto se puede sentir el hombre unido al hombre. ¿Qué es, repito, la Humanidad? ¿Qué es la familia?

He aquí por qué, á pesar del dogma de la Fraternidad, ha prevalecido el egoísmo en todas las naciones que siguen el Evangelio. Lejos de ir á la Igualdad y al Orden, hemos ido á la desigualdad y á la lucha, á la guerra entre los intereses individuales y á la guerra entre los poderes públicos.

Supuestos efectivamente un cielo y una tierra, es indudable que en ésta no puede residir el bien absoluto, ni Dios, que es el mismo bien, puede reinar sino en el mismo cielo; uno fuera del mundo real para los espíritus puros; otro dentro de él para los que aún viven en el seno de la materia; es decir, un reino espiritual y otro temporal, aunque separados, coexistentes. ¿Qué había de resultar de estas premisas? La creación de un poder espiritual en los pueblos: la Iglesia. Creóse este poder, y cuando más creímos establecida la unidad, nos encontramos en una división profunda. Vimos nuestra libertad reducida por una doble serie de leyes; nuestra individualidad, entre dos fuerzas contrarias, que hoy, después de diez y ocho siglos, no han encontrado todavía paz en la tierra.

No ya una autonomía, una verdadera contradicción halló en el fondo del cristianismo. Quizá se me conteste que ese dualismo es sólo hijo de un error cometido en la interpretación del Evangelio; que Jesucristo al hablar del cielo lo hizo figuradamente y con el objeto de simbolizar la época en que la especie Humana ha de ver realizados sus destinos; pero forma parte del dogma, ha llegado hasta

nosotros reconocido por todos los concilios y por todas las autoridades de la iglesia; es una de las creencias más capitales y más arraigadas en el corazón de los pueblos. ¿Qué importa que hoy algunos escritores nieguen su existencia, pretendiendo dar más peso á sus propias ideas ó deseando conciliar el cristianismo y la Filosofía?

FRANCISCO PI Y MARGALL

Confusión explicable

Conflicto entre la religión y la ciencia. Pedrito es alumno de un colegio religioso donde le enseñan catecismo y aritmética.

El maestro de ésta le dice y le demuestra, que 1 más 1 más 1 hacen 3.

El de catecismo le enseña luego que Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, es un sólo Dios verdadero, y el niño se turba y le replica que no encuentra armonía entre la ciencia de los números y la ciencia de Dios.

El maestro se enoja y le dice que es un borrico, que la aritmética es una ciencia sin importancia, y que la primera de las ciencias es la teología. Pedrito queda convencido.

Al volver á la clase de aritmética, el maestro lo interroga para que diga cuántos son 3 + 3 + 3.

—Tres, dice con énfasis Pedrito.

—Es usted un burro, le contesta el maestro enojado.

—El burro será usted, replica el niño con mucha gravedad. ¡Usted, que no sabe *teología*!

Esto nos advierte que debe ponerse en armonía la religión con la ciencia, para no perturbar el cerebro de los niños.

Las leyes divinas

Como la Providencia tiene dispuesto que en nuestro hemisferio y en el mes de Diciembre haga frío, quizá con intento de que los albañiles descansen, pues... el domingo hacía frío. Si yo fuera uno de esos austeros y ascéticos personajes consejeros de empresas ferroviarias ó del Banco de España, hubiese dispuesto ese día de una estufa ó de un termo-sifón con que mortificar la vil materia; pero como soy un despreciable positivista sin otro haber ó renta que el trabajo, el domingo de marrras estaba sentado junto á un brasero, y verdaderamente edificado con la lectura atenta de los discursos de los señores conde de Torreánaz y Ugarte en la Academia de Ciencias morales y políticas.

Sobre todo el Sr. Ugarte me llevaba á las cumbres del convencimiento cuando, con la autoridad que le dan cesantías, gratificaciones, gajes, emolumentos, minutas de abogado, sueldos y demás, arremetía contra los egoísmos de la clase obrera...

Frió el día, grato el brasero, releí los discursos. Sin que ninguno de los expresados y sapientísimos señores lo dijera, yo sabía, porque lo aprendí de memoria siendo chico, que Dios es infinitamente bueno, sabio y poderoso; así que no me cho-

casen mayormente estas palabras del señor conde de Torreánaz, consejero del Banco de España. «No se concibe la ley moral sino como ley divina absoluta, ley impuesta al hombre por el Ser Supremo, creador y ordenador del Universo, como ha impuesto á animales y plantas sus leyes biológicas».

En este punto y cuando iba á entrar en una ejemplar meditación que relacionase esto de las leyes con la bondad infinita del Eterno, me distrajo un agudo zumbido. Miré al rincón de donde procedía y vi una araña que presurosa enredaba con sus hilos á una mosca para devorarla cuando estuviese privada de movimiento y defensa.

Algo sensible, no obstante mi condición de ciudadano sin dos pesetas, y nada as-ceta por consiguiente, me dirigí á dar libertad á la mosca, á destruir la tela y á aplastar á la araña. ¡Es tan hermoso amparar al débil y aniquilar al fuerte! Pero no llegué á consumar mi propósito; me llamó mi mujer.

—¿Qué pasa?

—Una rata ha matado á este pichón mira.

Y me enseñó un pobre bicho aún caliente, roída la cabeza, sin sesos y sin ojos. ¡Un horror!

Olvidé la mosca y la araña y pensé que debería atrapar á la rata, y hasta ideé para ella un castigo verdaderamente duro, cual correspondía á su maldad.

Nuevo grito de mi costilla.

—¿Qué ocurre ahora?

—Ven; los conejos han destrozado la parra; ¡ni una raíz dejaron!

—¡Una parra tan hermosa! ¡Hay que matarlos á todos, sin piedad! A ver ¿dónde están?

Pero un agudo píar y gritos de la chica interrumpieron la homicida persecución de los conejos.

—¿Qué es eso?

—Que el gato ha cogido un gorrión.

—¡Maldito gato! ¡Ahora verás!

Y salí tras el gato, que se escondió con el pájaro en la boca bajo unos trastos y tablas que hay en el patio.

Cuando le perseguía oí el llanto desolado de una mujer y de dos criaturas. Me detuve conmovido, á pesar de mis egoísmos de sindicalista relativo.

—¿Quién llora en la casa de al lado?— pregunté á mi parienta.

—Esa vecina costurera cuyo marido murió hace mes y medio. Como no paga, mañana lunes le pondrán los trastos en la calle. ¡Pobre gente! ¡Y con un chico enfermo, y sin trabajo, porque ahora es la «vacación»!

—Sí que es una desgracia; pero si no paga, el casero tiene derecho á echarla, que al cabo, siendo la propiedad cosa sagrada, la ley de desahucio viene á ser en sus fundamentos ley divina...

—¿No te parece que eche más arroz y lleve cena á esa familia? Quizá estén en ayunas.

—Sí, mujer. ¿De modo que hay arroz?

—Arroz con el pollo que maté esta mañana y con cangrejos. Por cierto que uno me ha dado un susto... Cuando estaba cogiendo levanté la tapadera y salió andando por el fogón...

Se oyó un regular estrépito, después un gruñido y luego chillidos.

—¡Buena la hemos hecho!—gritó mi mujer.—Dejaste abierta la puerta del corral y el perro ha matado á la coneja que estaba criando.

—¿La que estaba criando? Pues entonces, y en cumplimiento de las divinas leyes biológicas dictadas por el Sumo Bien, los siete gazapillos se morirán de hambre...

J. J. MORATO

Detrás de la cruz...

El *Messagero* refiere que dos fabricantes de pastas alimenticias adulteradas y nocivas para la salud, fueron presos hace poco.

Si hubiese dicho que en España, lo habría yo desmentido inmediatamente que lei la noticia, por que aquí no nos permitimos esos lujos contra los envenenadores públicos; mas como dice que en Italia, me trago la protesta.

Pero el asunto tiene una segunda parte que me conviene consignar, y es, que pocos meses antes habían obtenido los honrados falsificadores un permiso especial del Vaticano para denominar una de sus especialidades, *Seme del Papa* (Semi-la del Papa!), y para poner en las cajas el escudo pontificio: la tiara entre llaves.

Encargaron a un fabricante unos millares de cajas, y ¡oh desgracia!, cuando estaban llenando las primeras diez mil que habían recibido, todas con el piadoso reclamo en la tapa, la policía se inmiscuyó en el asunto é impidió que la *Seme del Papa* fructificase.

Quince días de retraso en aprisionar á esos buenos aunque católicos falsificadores, y vaya usted á saber los millares de personas que habría á estas fechas perjudicadas en su salud.

Desconfiemos, pues, de la frase «el pabellón cubre la mercancía» y huyamos de todo producto alimenticio que ostente etiquetas religiosas.

El suicidio está prohibido por la Santa Madre Iglesia.

Cosas que se repiten

Toda la Prensa liberal ha hablado estos días del famoso testamento otorgado en Santander por D.^a Dolores Sierra, de las andanzas de un padre jesuita, de una heredera que jamás conoció la testadora, de las campañas que sobre este asunto realiza *La Región Cantabria*, y de la carta que el sobrino de la finada, D. Alfredo de Hardiz, ha dirigido al jesuita P. Salvador en el *Boletín de Comercio*.

Lo que haya de cierto en este lio testamentario, suponemos que lo aclararán los tribunales, pues parece ser que los sobrinos de D.^a Dolores no se resignan á perder los millones de pesetas que su buena tía poseía, y que han ido á parar á manos de personas que no estaban unidas por ningún vínculo á la testadora. Mientras esto llega, y en comprobación de aquella famosa frase de que la Historia se repite, al fin la señora Clío es muy vieja, y nada tiene esto de particular, vamos á referir un sucedido de hace muchos años, y que se parece algo

al hecho de Santander, y decimos algo, porque en el caso de D.^a Dolores sólo aparece un jesuita que firma el tinglado, y en el caso *histórico* hay otro jesuita que deshace el armatoste testamentario, y lleva la fortuna á sus legítimos poseedores, lo cual indica, aunque parezca inverosímil, que existen jesuitas blancos.

Los autores del *Teatro jesuitico* (página 248), afirman que los Padres de la Compañía están en la convicción de que no hay nadie en el mundo que merezca mejor que ellos el ser beneficiados con toda clase de herencias. La razón que alegan es, que «toda la Iglesia militante junta, incluidas todas las Ordenes religiosas, no hacen tanto bien en el mundo como la Compañía sola». De aquí su celo por ser favorecidos con legados y herencias, y la severidad con que castigan á los que son remisos en este punto, considerándoles como destructores de la Compañía, como se desprende del siguiente caso, acaecido en Madrid hace bastantes años.

Una señora rica, con parientes en la citada villa, cayó enferma. Tenía por confesor á uno de la Compañía, el cual consiguió fácilmente de ella que dejara sus bienes á la Orden, sin dejar el más mínimo recuerdo para sus sobrinos.

Conseguido esto se volvió muy gozoso al Colegio imperial, y durante la recreación refirió á los demás Padres la buena nueva, siendo por ellos muy felicitado por su destreza y buen tino. Asistía al recreo un jesuita, originario de muy ilustre familia y hombre recto, el cual, avergonzado de que se considerase como un acto heroico lo que en el fondo era una truhanería, se dirigió á la casa, y gracias á que pertenecía á la Compañía se le permitió ver á la enferma, pues estaba vedado el acceso á ella á toda persona que no fuera de la Compañía. Hablóle al corazón y le dijo que era más grato á Dios que dispusiera de su fortuna á donde la llamaba el deber, y no la devoción, y llamando á un notario hizo que revocase todas las donaciones y legados que había hecho á la Compañía, y se los dejase á sus herederos legítimos. Murió al día siguiente la señora, y el jesuita *primero* entró en la casa haciéndose dueño de ella, y, recogiendo todas las llaves, ordenó se abriese el testamento que él había inspirado, y por el cual se le declaraba dueño de todo. En sus glorias estaba el Padre, cuando apareció un sobrino con el codicilo de su tía en que constaba la revocación de su primer testamento, y arrebatando las llaves al jesuita le arrojó de la casa.

No se les cocía el pan en el cuerpo á los buenos Padres buscando quién pudiera ser el que les había jugado tal trastada, y habiéndolo averiguado lo expulsaron de la Compañía; pero él se presentó al rey, le refirió toda la historia, y Su Majestad le tomó bajo su protección, no le sucediera lo que al P. Jiménez, de la casa profesa de Madrid, que en 1633 murió de un modo misterioso, por no haber

conseguido la herencia de una viuda de la que era confesor.

(*Moral Práctica*, tom. I., pág. 207).

FRAY GERUNDIO

Efemérides de la guerra carlista

Hoy hace cuarenta años que tuvo lugar un hecho muy curioso y gracioso al mismo tiempo, en el que el tristemente célebre cura Santa Cruz se tiró una plancha monumental.

El tren exprés que venía de Madrid y que tenía su llegada como la tiene actualmente á San Sebastián por la mañana, conducía una suma importante en oro y plata (entonces apenas se conocían los billetes) «seis millones».

Sabedor de ello el cura Santa Cruz, no se sabe cómo ni por qué conducto, quiso hacerse con aquella suma, que sin duda creyó que Dios le enviaba para la defensa de la santa causa, y se apostó con su partida (el primer *requeté*) en el paso á nivel de Urnieta, donde hoy se halla la estación, obligando al guarda barrera que se colocara á conveniente distancia, para que con el banderín encarnado hiciese parar el tren. Iba bien preparado, con toda clase de acémilas, machos, asnos, etcétera, para cargar el «botín de guerra».

Todo el vecindario de Urnieta se preparó para presenciar el suceso, y aguardaba, con sobresalto por parte de algunos y curiosidad de parte de otros, el desenlace del drama, que resultó un verdadero sainete.

Por fin se oyó el silbido del tren apenas éste salió del tunel pidiendo freno, y viuo á parar justamente al sitio donde aguardaba formada la partida á ambos lados de la vía y ¡oh, decepción!, era un tren de mercancías.

Véase lo que sucedió:

El exprés venía con mucho retraso y el jefe de la estación de Andoain dió salida á un tren de mercancías que allí aguardaba para dejar paso al tren exprés, y gracias á esta casualidad se encontró el *requeté* con un tren de mercancías en lugar del exprés cargado de millones.

Cuando el tren de mercancías llegó á la estación de Hernani, los conductores dieron la noticia de lo que ocurría y se pasó aviso á Andoain, salvándose así los seis millones de la rapacidad del famoso cura. No pasó mucho tiempo sin que éste se vengase de la burla de que fué objeto, como se verá en su día.

CHINCHILLA

La Voz de Guipúzcoa

Diálogo posible

Un cura le dice al sacristán:

—¿Has abierto los cepillos?

—Sí, señor cura.

—¿Y cómo no me has entregado nada?

—Pues porque no tenían nada. En el de las Animas había un botón de calzon-

cillo; en el de las Obras de Misericordia, un billete de tranvía; en el de las Misiones de Infieles, nada; en el de San Antonio, un papelito.

—¿Y qué hiciste de él?

—Creo que lo tengo aquí.

Y el sacristán saca del bolsillo del chaleco un trozo plegado de papel, que el reverendo toma, abre, y lee:

«¡San Antonio de mi alma! Por caridad, dignaos inspirarle al señor cura de la parroquia la idea de que me dé una limosna, pues soy un pobre trabajador viejo que se muere de hambre. Calle del Amor de Dios, número 125.»

¡Pero si creerá ese imbecil que el cepillo de San Antonio es el de Santa Rita, abogada de imposibles!, exclama el cura á la vez que rompe el papel en pedacitos. ¡Es bochornoso el estado de ignorancia en que está el pueblo en los asuntos religiosos!

¿Puede verse nada más chistoso que el que un hombre quiera matarme porque su príncipe ha tenido una disputa con el mío, sin que él ni yo nos hayamos ofendido jamás?

PASCAL

Padre prudente

Berta, niña de conducta irreproachable y de un candor que llena de encanto á sus padres, tiene que prepararse para su primera comunión y los autores de sus días la mandan á aprender el catecismo en la escuela de la parroquia.

Poco á poco va aprendiendo de *pe à pa* el del P. Astete y llega á la lección en que figura la pregunta: «Cristo Nuestro Señor ¿cómo fué concebido y nació de madre virgen?», y á las cuatro siguientes, que no transcribo, como tampoco las respuestas, por no sonrojar á mis lectores.

Berta, que procuraba instruirse preguntando el por qué de las cosas, pidió explicaciones á sus padres sobre las cinco preguntas en cuestión.

Y su padre, creyendo que la niña sabía ya demasiado catecismo, resolvió que no volviese á la escuela de la parroquia y se dedicase á aprender algo que él pudiese explicarle sin embarazo alguno.

Curas y demonios

Historias edificantes

Dice el adagio que detrás de la cruz está el diablo; pero ateniéndonos á las innumerables historias místicas que pueden recordarse, del género diabólico, bien puede modificarse así el dicho: «Detrás del cura está el diablo.»

Pruebas al canto.

Juan Bautista Girat, jesuita, protagonista de nuestra primera historia, había nacido en Dôle del Franco-Condado, el año 1680. Después de haber concluido sus estudios, fué admitido en la Compa-

ñía de Jesús, desempeñó una cátedra de filosofía y dedicóse á la predicación.

Había predicado ya en algunas ciudades del Languedoc y la Provenza, cuando fué enviado á Aix, en 1718. Dos años después fué nombrado rector del Seminario Real de Marina, en Toulon.

Entonces fué cuando le acusaron de estar amancebado con una bella joven de dieciocho años, natural de esta ciudad, llamada Catalina Cadriere, hija de una honradísima familia.

Hecho público el escándalo, mandó el presidente de Brest encerrar á la joven Cadriere en las Ursulinas, donde confesó su delito. Para vengarse, dijo Girat que estaba *posada del demonio*, y formuló contra ella acusación.

Envióse la causa á la Cámara Alta del Parlamento, quien dió un auto de prisión contra la muchacha, mandándola conducir al convento de Ollioule, donde se le negó hasta un colchón para acostarse, y desde allí se la llevó á Aix.

Seguida la causa por sus trámites, pidió el procurador general, el día 11 de Septiembre de 1771, que la Cadriere fuese condenada á hacer gran penitencia en la puerta de la iglesia de San Salvador, para después ser ahorcada y descuartizada; pero la sentencia no tuvo confirmación y fué internada nuevamente en el convento de Ollioule, donde acabó sus días. El padre Girat se escapó á hurtadillas, pero el pueblo le reconoció y le llenó de injurias, comprendiendo que todo había sido causa de su impostura jesuitica.

Otra historia:

Un sacerdote de Bonn, llamado Arnaldo, que vivía en el siglo XII, tenía una sobrina sumamente hermosa, á la que vigilaba con mucho cuidado á causa de que los canónigos de Bonn estaban enamorados de ella, y siempre que salía la dejaba encerrada sola en un reducido aposento. Un día que estaba encerrada de esta suerte, el diablo fué á visitarla bajo la figura de un apuesto joven y empezó á requerirla. La doncella, que estaba en la edad en que la imaginación se llena de ilusiones, se dejó fácilmente seducir, concedió al *enamorado demonio* cuanto deseaba éste, y además le fué constante, pues desde aquel día no pasó una noche se-

parado de su bella amada. Pero fué lo peor, que el maldito diablo la puso en un estado que le fué preciso confesar, no sin indecible dolor, á su queridísimo tío.

Enternecido y furioso á la par el incauto clérigo, no le fué difícil descubrir que su pobre sobrina había sido engañada por un demonio, y así la envió inmediatamente á la otra parte del Rhin para ocultar su desliz y sustraerla á las pesquisas del amante infernal.

Al otro día de la partida de la joven, llegó el demonio á casa del sacerdote, y aunque un diablo lo debía saber todo, quedó sorprendido al enterarse de la ausencia de la hermosa.

—¡Infame canónigo!—no pudo por menos de rugir el desgraciado tío.—¿Por qué has deshonrado á mi sobrina?

Y cuentan las crónicas que al tiempo de decir estas palabras largó tan tremendo garrotazo al demonio cura, que éste falleció de sus resultas á las pocas horas.

J. CABALLERO DE LA VEGA

Barcelona Diciembre 1912.

**La brujería
en Barcelona**
por "Fray Gerundio"
Precio: una peseta.

El robo del Toisón

CÉLEBRE PROCESO

En que quedó desenmascarado ante el mundo,

D. Carlos de Borbón,

aquel á quien los carlistas llamaron su rey.

Reproducido por

EL MOTIN

Imprenta de Domingo Planco

Calle de la Libertad 31

MADRID — 1912

30 céntimos.

Los obispos

por
ROBERTO ROBERT

Antes de pasar adelante deberemos hacer una confesión.

No queremos ni debemos pararnos en ciertas pequeneces que parecen inventadas para que la Iglesia se nos presente como institución humana y a veces inhumana.

Por ejemplo, dice César Cantú: «¿Qué vemos, pues, en Roma? Un fausto afeminado sobre el trono; los negocios públicos en manos de esclavos extranjeros, favoritos y eunucos; *obispos en lucha unos contra otros y autores de cismas*».

Sobre estos pormenores pasaremos, pues, muy de ligero, por no contristar el ánimo de los fieles.

También dice el mismo autor, volviendo a referirse a los primeros tiempos de la Iglesia:

«Junto al Tíber recogía la aristocracia en su seno los residuos del paganismo; derramábase en Constantinopla la sangre por las disensiones que ocurrían entre cristianos.»

Tampoco nos ocuparemos de tan deplorables sucesos, que podrían entibiar el entusiasmo de los aficionados a aquella primitiva época y se complacen en figurarse al cristianismo alegre entonces é inocente, candoroso, desprendido y en continuo regocijo, como una escuela de párvulos.

¿Qué trabajo cuesta hablar de lo más bello y conmovedor, en vez de entregarse á pinturas tétricas y más propias para apartar que para atraer ovejas al redil de la Iglesia?

¿No es más bello fijarse por ejemplo en el obispo Zósimo que primeramente cayó en la herejía pelagiana, pero apenas conoció su error, no sólo desechó la falsa doctrina sino que alcanzó del emperador que arrojase de Roma á sus antiguos compañeros de creencias?

Y no lo hizo por vergonzoso miedo de que éstos castigaran un día su deserción, su resellamiento, como boy diaríamos, sino para que brillase esplendorosa la unidad de la fe.

Y véase de paso cómo entonces los obispos de Roma, aunque ya presentían la superioridad que con el tiempo habían de tener sobre los emperadores, no por eso se desdénaban de pedirles que legislaran sobre religión, antes muy humildemente se lo suplicaban.

Entonces podía hacerse con aquellos bárbaros emperadores que, si no sabían leer, en cambio rebosaban á veces de cristianismo con tal fuerza de chorro, que tiraban de espaldas á quien se les ponía delante.

Después de Zósimo, en la elección de Bonifacio, se vió un suceso que es digno de mención, y comprueba más y más el favor de la Divina Providencia en la vida interior de la Iglesia.

Sucedio que la elección recaía en Bonifacio; pero el archidiacono Eulalio, que deseaba también sacrificarse desempeñando el obispado de Roma, reunió á unos cuantos obispos y sacerdotes, y puesto de acuerdo con el gobernador civil (que entonces llamábamos prefecto) se hizo elegir ilegalmente.

Pero el emperador no quiso consentir en aquel fraude y confirmó la elección de Bonifacio.

Porque es de advertir que entonces no era obispo sino aquel que el emperador quería que lo fuese: así como después, corrompiéndose los tiempos ó más bien perfraccionándose la Iglesia...

Y cáte que me atasco.

¿Cuáles tiempos fueron mejores? ¿Los primeros siglos en que el emperador dominaba sobre la Iglesia, confirmaba la elección de sus obispos y concedía privilegios, riquezas, exenciones é inmunidades á los eclesiásticos, ó el siglo XI en que el obispo de Roma ponía y quitaba emperadores, lo hacía todo por delegación de Dios y era jefe de una Iglesia libre superior al Estado, exclusiva y dominadora y rica por sí?

Francamente, sentiría ensalzar una época con desprestigio de la otra, y á todas, todas con tal que no sea la nuestra, las declaro por igual excelentes.

Decía yo, pues, que el emperador se quedó con Bonifacio por obispo y le ayudó á vencer á sus enemigos.

No os fijéis ¡oh lectores! en aquellos otros obispos que reunidos en San Juan de Letrán intervinieron en la falsa elección de Eulalio; olvidadlo lo más pronto posible; no penséis si lo hicieron por dinero, por promesas, por resentimientos personales, por ningún móvil pequeño ó bastardo; fijad vuestra consideración sola y exclusivamente en las sedas, en los diamantes, en el coche y en la opípara mesa del elegido, y así el episcopado se os presentará bello, magnífico, deslumbrador.

Y en ese siglo mismo, en el siglo V, guardaos de volver los ojos hacia los discípulos de Nestorio y de Pelagio que, con torcidas interpretaciones, turbaban la paz de las conciencias sembrando y fomentando las herejías, la corrupción de los fieles; no penséis en el cisma que ardía entre los cristianos de Oriente: pensad que al cisma le pusieron término los celosos Celestino y Sixto; y que si Aecio y Albino escandalizaban con sus disputas, León el Magno, elegido en 440, hizo piadosísimos esfuerzos por reconciliarlos, así como fué heroico, aunque no omnipotente ni mucho menos, en extirpar las herejías, baldón de la Iglesia, pero

necesidad de la Iglesia, como dice San Agustín, en un raptó que enamora á los que entienden cómo puede ser necesaria la herejía, y cómo se debe quemar vivo al que proporciona á la Iglesia los medios necesarios para satisfacer esa necesidad.

A todos los obispos llamamos grandes, pero á ese León le llamamos el Magno por antonomasia.

Digo ¿sería enorme? Este fué el que adivinó que Jesús no podía ver con buenos ojos que Hilario, obispo de Arlés, se creyera igual suyo, y por evitar un disgusto á su Divino Maestro (aunque César Cantú dice que lo hizo por celos), pidió al emperador Valentiniano que pusiera coto á las pretensiones de aquél, que en cierto modo eran contrarias á su supremacía.

Hilario le sucedió y ¡cosa particular! así como en tiempo de Gregorio el obispo de Arlés se creía igual al obispo de Roma, apenas es hecho obispo de Roma Hilario, opina que la supremacía está en Roma, y escribe á Leoncio, obispo de Arlés, que la supremacía pontificia romana es una monarquía.

Cuya supremacía la solicitaba también para sí al cabo de siete años (468) el patriarca de Constantinopla; de modo que la unidad de la Iglesia estuvo sufriendo mil episcopales tritones, unos de Oriente y otros de Occidente, y se rasgó una porción de veces, por más que hoy aun parezca intacta, gracias á la habilidad católica en el arte de zurcir sin que se conozca.

Antes de terminar el siglo V en que triunfó por completo el catolicismo, ¡qué de vicisitudes, qué de tareas! ¡Cómo aparece siempre el progreso y la perfección en cada una de sus etapas!

El obispo de Roma era elegido primero por aquellos 24 sacerdotes y diaconos que según consta patentemente había escogido San Pedro mismo; después cuando ya la Iglesia tuvo algún dinerillo y el cargo se iba haciendo delicado, se determinó, no por desconfianza, sino por aquello de que el ojo del amo engorda el caballo, que la elección la hiciesen todo el clero y todo el pueblo.

Más adelante, cuando, según dice Cantú, «la riqueza hizo envidiable aquel elevado puesto, intervinieron en la elección los emperadores, á fin de impedir los desórdenes, reservándose el derecho de confirmarlos.»

Ya se entiende que eso es hablar figuradamente; pues todos los católicos convienen en que el Estado no tiene derecho alguno á intervenir en la elección de

(Continuara).

Imp. de Domingo Blanco, Libertad. 21.—Madrid.